



**ELABORADO POR:**

Claudia Benavides  
Fundación Futuro Latinoamericano (FFLA)

**DIAGRAMACIÓN:**

Franco Moreno  
Fundación Futuro Latinoamericano (FFLA)

**FOTOGRAFÍAS:**

Todas las fotografías utilizadas en este documento son parte del Taller presencial del proyecto “Mejorando la influencia y las contribuciones del conocimiento indígena hacia la transformación de los sistemas alimentarios en América Latina” realizado en Yunguilla - Ecuador en el 2024.

La autoría de las fotografías es otorgada a la Fundación Futuro Latinoamericano.

20/11/2025

**CITE ESTE DOCUMENTO DE LA SIGUIENTE MANERA:**

XXXXXX



Canada



Este trabajo se realizó con la ayuda de una subvención del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC), Ottawa, Canadá. Las opiniones expresadas en este documento no representan necesariamente las del IDRC ni las de su Junta de Gobernantes.

# TABLA DE CONTENIDOS

## Resumen ejecutivo

### Breve síntesis de los principales hallazgos, conclusiones y recomendaciones clave

## 1. Introducción

## 2. Método

- 2.1 Enfoque y diseño del análisis
- 2.2 El qué y el cómo en el diseño e implementación sobre agroecología y sistemas alimentarios en la región

## 3. Análisis de los proyectos según los 13 principios de la agroecología

## 4. Temas transversales a partir de los resultados

- 4.1 Diálogo de saberes y co-creación de conocimiento (co-creación de conocimiento, participación, valores sociales y dietas, equidad, conectividad)
- 4.2 Pedagogías interculturales y fortalecimiento de capacidades (co-creación de conocimiento, participación, valores sociales y dietas, equidad, biodiversidad, resiliencia, conectividad)
- 4.3 Participación activa de las comunidades (participación, co-creación del conocimiento, equidad, valores sociales y dietas, conectividad, resiliencia)
- 4.4 Equidad de género y rol de las mujeres (equidad, co-creación del conocimiento, participación, valores sociales y dietas, diversificación económica, resiliencia, gobernanza de la tierra y los recursos naturales)
- 4.5 Participación de las juventudes y relevo generacional (participación, equidad, co-creación del conocimiento, diversificación económica, valores sociales y dietas, conectividad, resiliencia)
- 4.6 Tecnologías apropiadas y herramientas digitales (co-creación del conocimiento, participación, resiliencia, conectividad, salud del suelo, biodiversidad)
- 4.7 Resiliencia comunitaria y adaptación ante la crisis (resiliencia, participación, co-creación del conocimiento, salud del suelo, biodiversidad, reducción de insumos externos, equidad, conectividad, gobernanza de la tierra y los recursos naturales)
- 4.8 Gobernanza territorial, autonomía organizativa e incidencia política (gobernanza de la tierra y los recursos naturales, participación, equidad, co-creación del conocimiento, conectividad, resiliencia, valores sociales y dietas)
- 4.9 Comunicación comunitaria e intercultural (participación, co-creación del conocimiento, valores sociales y dietas, equidad, conectividad)
- 4.10 Redes de colaboración y alianzas multiactor (conectividad, participación, co-creación del conocimiento, equidad, resiliencia, gobernanza de la tierra y los recursos naturales, valores sociales y dietas)

## 5. Recomendaciones para futuras iniciativas en América Latina

- 5.1 Recomendaciones temáticas para una futura iniciativa sobre sistemas alimentarios en la región
- 5.2 Recomendaciones para diseñar e implementar futuras iniciativas
- 5.3 Recomendaciones para el IDRC

## 6. Conclusiones

- Anexo 1: Breve descripción de los proyectos abordados



## RESUMEN EJECUTIVO

Este documento presenta una síntesis de los aprendizajes, resultados y desafíos derivados de la implementación de ocho proyectos agroecológicos en América Latina entre 2021 y 2025.

La agroecología se reconoce como un camino hacia sistemas alimentarios más resilientes, equitativos y sanos; por ello, para acelerar su avance resulta pertinente comprender tanto los logros alcanzados como los desafíos pendientes.

Estas iniciativas, financiadas en el marco de los **trece principios de la agroecología**, se centraron en la transición hacia sistemas alimentarios sostenibles, más saludables y equitativos. A través de un enfoque metodológico integral, que incluyó la revisión de informes técnicos, entrevistas semiestructuradas y sesiones participativas, se evaluaron los avances logrados, las barreras enfrentadas y las condiciones habilitantes que permitieron alcanzar los objetivos.

Entre los principales logros, destaca **la co-creación de conocimiento**, que se consolidó como un eje central en los proyectos y permitió integrar saberes técnicos y locales mediante métodos participativos. Esto fortaleció la legitimidad de las intervenciones y promovió la apropiación local de los resultados. Asimismo, se lograron avances significativos en la participación activa de mujeres, jóvenes y comunidades indígenas, aunque persisten barreras estructurales como el acceso desigual a recursos y la falta de mecanismos específicos para garantizar la equidad.

En términos de gobernanza territorial, los proyectos implementaron plataformas multiactorales y comités consultivos que facilitaron la toma de decisiones colectivas y la planificación territorial. Sin embargo, se identificaron desafíos, como la captura de espacios participativos por élites locales y la falta de sostenibilidad financiera. Por otro lado, la resiliencia comunitaria fue fortalecida mediante redes de cuidado, sistemas agroforestales y prácticas





regenerativas que permitieron a las comunidades enfrentar crisis climáticas y sociopolíticas.

Los avances en sistemas alimentarios sostenibles incluyeron la promoción de prácticas como la agroforestería, el compostaje y la diversificación de cultivos, que mejoraron la salud del suelo, la biodiversidad y la seguridad alimentaria. No obstante, principios como el reciclaje y la salud animal mostraron una integración limitada, lo que evidenció áreas críticas que requieren mayor atención. Además, la evaluación y el monitoreo participativo se destacaron como herramientas clave para capturar la complejidad de los procesos agroecológicos integrando indicadores emocionales y simbólicos que fortalecieron la agencia comunitaria.

### **El fortalecimiento de los sistemas de gobernanza local ha emergido como un pilar fundamental para garantizar la sostenibilidad de los proyectos agroecológicos en América Latina.**

Estas iniciativas no solo se enfocaron en la implementación de prácticas técnicas, sino también en la creación y consolidación de estructuras de gobernanza que articulan actores diversos, legitiman decisiones colectivas y promueven la gestión compartida del territorio. A través de plataformas multiactorales, redes comunitarias, comités consultivos, espacios de aprendizaje colectivo y la integración de principios agroecológicos en políticas públicas, los proyectos lograron alinear sus acciones con principios clave de la agroecología, como la participación, la conectividad, la gobernanza de la tierra y los recursos naturales, la resiliencia, la equidad social y la co-creación de

conocimiento. Estas experiencias demuestran que la agroecología es tanto un proceso técnico como político y social, orientado a construir capacidades locales y fomentar la corresponsabilidad en la gestión territorial. Una de las estrategias más potentes fue el fortalecimiento de plataformas multiactorales donde productores, autoridades locales, consumidores organizados y otros actores definieron de manera conjunta prioridades y planes de acción. En Lima, Perú, el proyecto Vecindarios Alimentarios Saludables facilitó la formación de plataformas territoriales en Lurín y Pachacamac, espacios que lograron articular productores rurales, redes de ollas comunes urbanas, municipalidades y organizaciones de consumidores.

Estas plataformas no solo coordinaron acciones concretas, como ferias agroecológicas o circuitos cortos, sino que también fueron clave para negociar y promover ordenanzas municipales de seguridad alimentaria y formalizar compromisos locales. En México, Redes para la Transformación Agroalimentaria, a través del Centro de Estudios para el Desarrollo Rural (CESDER), promovió conversatorios comunitarios en la Sierra Norte de Puebla como espacios locales de diálogo para identificar problemas, compartir saberes y acordar prioridades de manejo territorial.

**La conformación de los comités ecológicos liderados por las comunidades asegura su participación por los próximos 10 años en instancias de decisión multiactoral, donde pueden defender el enfoque agroecológico en la gestión territorial.**

Estas plataformas fomentaron la colaboración entre actores diversos y promovieron la toma de decisiones inclusiva y la sostenibilidad territorial. Ejemplos como las plataformas en Lurín y Pachacamac en Perú y los conversatorios comunitarios en México reflejan la importancia de la conectividad y la participación activa para articular prioridades y acciones.

Varios proyectos apostaron por fortalecer redes comunitarias preexistentes para consolidarlas como actores legítimos de gobernanza territorial. Un ejemplo emblemático es la **Red de Ollas Comunes de Lima**, que nació como respuesta de emergencia durante la pandemia y fue acompañada por el equipo de Vecindarios Alimentarios Saludables para consolidarse como actor político y social con capacidad de interlocución.



Su fortalecimiento incluyó apoyo técnico, generación de datos para incidencia y articulación con productores rurales para mejorar el abastecimiento saludable y directo. **En Guatemala, Redes para la Transformación Agroalimentaria apoyó a SANK en la consolidación de la Red Aj Awinel en Alta Verapaz.** Esta red agrupa agricultores indígenas diversificados y funciona como una plataforma organizativa para la articulación productiva, el aprendizaje colectivo y la incidencia política local en favor de la agroecología y la soberanía alimentaria. El fortalecimiento de redes como la Red de Ollas Comunes en Lima y la Red Aj Awinel en Guatemala promovió la equidad y la soberanía alimentaria, lo que ha consolidado a las comunidades como actores legítimos en la gobernanza territorial.

En **Torotoro, Bolivia, Redes para la Transformación Agroalimentaria, a través de PROSUCO**, destacó por establecer y consolidar el Comité Territorial Consultivo (CTC), una plataforma formal de gobernanza multiactoral. El CTC reúne a autoridades de las comunidades locales y la subcentral sindical, autoridades del gobierno municipal y técnicos territoriales para planificar colectivamente, priorizar y cofinanciar proyectos agroecológicos y de adaptación climática. Además, permitió establecer mecanismos de acuerdos de coinversión municipal e institucionalizar el apoyo a estas iniciativas. Este espacio se consolidó y fue apropiado por el gobierno municipal, lo que le ha dado continuidad más allá del proyecto. Los comités territoriales, como el CTC en Torotoro, Bolivia, institucionalizaron la gobernanza multiactoral, y han asegurado la sostenibilidad y la resiliencia de las iniciativas agroecológicas mediante acuerdos de coinversión y planificación colectiva.





En Ecuador, Agricultura para la Vida fortaleció Escuelas de Campo (ECAs) y Escuelas Itinerantes de Agricultura Regenerativa como espacios de gobernanza pedagógica local. Estos espacios, cogestionados con gobiernos municipales como el de Pedro Moncayo, permitieron a comunidades campesinas e indígenas planificar aprendizajes, experimentar colectivamente y tomar decisiones sobre la gestión de sus recursos naturales. Además, Agricultura para la Vida contribuyó a consolidar la Plataforma Regional de Innovación Liderada por Agricultores, articulando movimientos agroecológicos, universidades y comunidades para el aprendizaje cruzado y la restauración de ecosistemas andinos.

Las ECAs en Ecuador promovieron el aprendizaje colectivo y la experimentación, lo que ha fortalecido capacidades locales y fomentado la resiliencia en la gestión de recursos naturales. Varios proyectos lograron formalizar procesos de gobernanza al integrar principios agroecológicos en instrumentos de política pública local.

En México, Redes para la Transformación Agroalimentaria, junto a CESDER, apoyó la inclusión de criterios agroecológicos en los planes de ordenamiento territorial a nivel municipal, lo que ha institucionalizado un enfoque más participativo y sostenible del uso del suelo. En Guatemala, junto a SANK, se facilitaron espacios de incidencia de las comunidades y la Red Aj Awinel, tanto con los municipios como con el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentación para negociar incentivos diferenciados para la agricultura familiar indígena diversificada, abriendo camino hacia políticas locales más inclusivas. En Ecuador, Alimentación Regenerativa trabajó con la ONG SEDAL y con los municipios de Cayambe y Pedro Moncayo para implementar Sistemas Participativos de Garantía (SPG). Estos comités locales no solo certificaron producción agroecológica artesanal, sino que se transformaron en espacios de gobernanza alimentaria donde productores, consumidores y autoridades locales definen estándares, monitorean prácticas y promueven el autoconsumo de alimentos nativos y nutritivos.

**Fortaleciendo Sistemas Alimentarios en Ecuador** propuso la promoción de modelos de gobernanza intercultural en territorios indígenas al trabajar con consejos de gobierno de pueblos y nacionalidades que designaron técnicos comunitarios como mediadores interculturales. Esta forma de gobernanza respetó estructuras de decisión propias y facilitó un diseño culturalmente pertinente de actividades agroecológicas.

Por su parte, **Alimentación Regenerativa colaboró con movimientos como Minga por la Pachamama y Slow Food Ecuador** para construir redes de gobernanza cultural y comunitaria que articularon producción agroecológica, consumo responsable y soberanía alimentaria. Los modelos de gobernanza intercultural en Ecuador respetaron las estructuras de decisión propias de los pueblos indígenas, con lo que se ha promovido la soberanía alimentaria y la producción agroecológica mediante redes culturales y comunitarias.

Los sistemas de gobernanza local fortalecidos en estos proyectos han demostrado ser esenciales para la sostenibilidad y legitimidad de las intervenciones agroecológicas. Al articular principios como la participación y la conectividad, se promovieron plataformas multiactorales y redes comunitarias que facilitaron la toma de decisiones inclusiva y la soberanía alimentaria. La gobernanza de la tierra y los recursos naturales y la resiliencia se reflejaron en la consolidación de comités consultivos y espacios de aprendizaje colectivo, que institucionalizaron procesos de planificación y cofinanciación a largo plazo. Además, la equidad social y la co-creación de conocimiento fueron fundamentales en modelos de gobernanza intercultural, pues respetan



las estructuras de decisión propias de los territorios indígenas y promueven la integración de saberes locales y técnicos. Estas experiencias subrayan que la agroecología trasciende lo técnico y se consolida como un proceso político y social que construye capacidades locales, fomenta la corresponsabilidad y sienta las bases para una transformación sostenible y legítima de los sistemas alimentarios.

En conclusión, este análisis reafirma que la transformación de sistemas alimentarios no puede basarse solo en un enfoque técnico, sino un proceso político, social y cultural que demanda tiempo, recursos y compromiso sostenido.

### La transformación de los sistemas alimentarios requiere la participación activa de las comunidades

La articulación de actores diversos y la integración de principios agroecológicos en todas las dimensiones del desarrollo territorial. Este documento busca servir como una herramienta para fortalecer las futuras intervenciones en la región, y promover sistemas alimentarios más justos, resilientes y sostenibles.



# 1. Introducción




Las comunidades campesinas, y en especial las comunidades indígenas de América Latina, se encuentran cada vez más expuestas y afectadas por la variabilidad climática —tanto cambios graduales de largo plazo como fenómenos extremos, como olas de calor, inundaciones y sequías—, así como por otras perturbaciones como las pandemias y la inestabilidad sociopolítica. Muchas comunidades campesinas, aunque no siempre se autoidentifiquen como indígenas, comparten condiciones similares de vulnerabilidad y mantienen prácticas agrícolas y culturales enraizadas en tradiciones ancestrales. Estas amenazas ejercen una creciente presión sobre sus sistemas alimentarios, y en los últimos años se ha incrementado el número de personas que enfrentan inseguridad alimentaria en estas comunidades. Paralelamente, se observa la triple carga de la malnutrición: el aumento de la obesidad convive con altas tasas de desnutrición crónica y carencias de micronutrientes, lo que refleja un panorama nutricional complejo y preocupante.

Sin embargo, los sistemas alimentarios indígenas son el resultado de una estrecha interdependencia entre las culturas y los ecosistemas locales, forjada a lo largo de siglos.

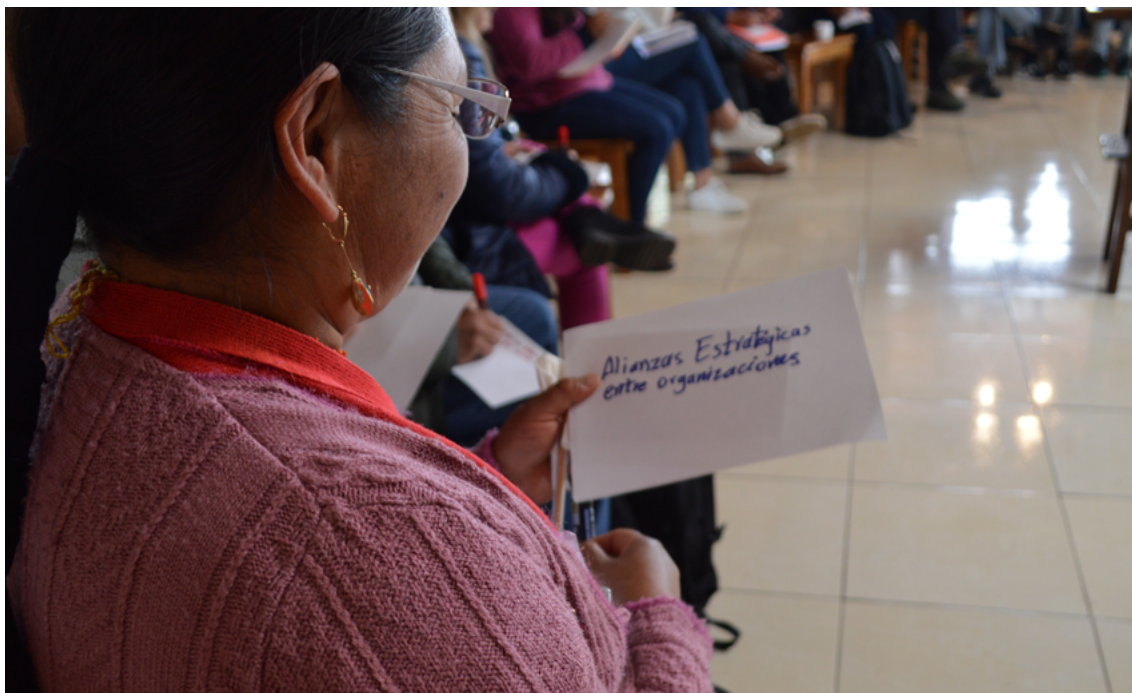
Para las comunidades campesinas y las comunidades indígenas, la alimentación trasciende lo meramente nutritivo: está profundamente ligada a la salud, la identidad y el equilibrio con la naturaleza.

Existe la convicción de que la tierra, el agua, el aire, así como los animales y las plantas que comparten el territorio, deben ser respetados y protegidos. En consecuencia, sus prácticas tradicionales de producción de alimentos incorporan una gran diversidad biológica y una sostenibilidad inherente.

Históricamente, estas comunidades han cultivado una gran variedad de especies adaptadas a sus entornos locales, manejando huertos diversificados y sistemas de policultivo con rotación de cultivos para preservar la fertilidad del suelo. Han desarrollado técnicas de conservación del agua —por ejemplo, las terrazas agrícolas andinas— y privilegian el uso de nutrientes de origen orgánico en lugar de insumos agroquímicos externos para fertilizar suelos. Además, integran árboles con cultivos en sistemas agroforestales y practican manejos tradicionales del ganado, como la trashumancia en zonas montañosas. Muchas comunidades complementan su dieta con la recolección de alimentos silvestres, tanto de la tierra como del mar, aprovechando fuentes de proteínas y grasas como peces, mariscos e incluso animales de caza mayor, además de la riqueza de micronutrientes en una gran diversidad de plantas silvestres.



Estas estrategias tradicionales, transmitidas de generación en generación, están plenamente alineadas con los principios que hoy promueven la agroecología y la agricultura regenerativa.



En otras palabras, mucho antes de que estos conceptos se popularizaran, los pueblos indígenas ya aplicaban sus fundamentos en la práctica diaria.

Su conocimiento ancestral proporciona una base sólida para fortalecer la resiliencia de los sistemas agroalimentarios frente al cambio climático, a la vez que contribuye a la preservación de la agrobiodiversidad y de sus propios saberes culturales.

La modernidad y la globalización, sin embargo, han traído cambios que amenazan estos sistemas alimentarios tradicionales. Frente a la erosión de sus territorios y prácticas, las comunidades indígenas de América Latina se han organizado para resistir y adaptarse: trabajan por limitar los efectos negativos de la globalización en sus vidas y reducir vulnerabilidades asociadas a la pobreza, la discriminación y la marginación histórica.

En varios países, los pueblos indígenas reclaman cada vez más un papel protagonista en la acción climática y en la construcción de políticas alimentarias. Son actores visibles en los movimientos de agroecología y soberanía alimentaria de la región, y defienden su derecho a proteger, mantener e incluso recuperar sus medios de vida, sus dietas tradicionales y los entornos biodiversos de los que dependen.

En este contexto, entre 2021 y 2025, se implementó en América Latina un portafolio regional de proyectos con el propósito de impulsar la transición hacia sistemas alimentarios más sostenibles basados en la agroecología y la agrobiodiversidad, de la mano de las comunidades locales —en especial las indígenas—. Esta iniciativa, apoyada por el Centro de Investigación para el Desarrollo Internacional (IDRC, por sus siglas en inglés), abarcó ocho proyectos en diversos países de la región. Todos compartieron un enfoque común: aprovechar el potencial del conocimiento indígena y de las



prácticas agroecológicas para construir sistemas agroalimentarios más resilientes, saludables y equitativos.

En particular, durante 2022, se lanzaron cinco proyectos estratégicos en Mesoamérica y Sudamérica enfocados en comprender cómo los sistemas de producción indígena y los enfoques agroecológicos pueden contribuir a dicha transformación.

Estos proyectos hicieron hincapié en la inclusión social y de género, y buscaron empoderar a líderes indígenas y a otros grupos marginados para que participen activamente en las decisiones clave sobre el futuro de sus sistemas alimentarios.

Se fomentó la participación de las comunidades en todas las etapas: desde el codiseño de las iniciativas hasta su coimplementación, asegurando que la investigación abordara sus necesidades, potenciara sus capacidades locales y validara modelos alternativos (indígenas y agroecológicos) como soluciones frente al cambio climático y las desigualdades crecientes.

Los esquemas de colaboración variaron: algunos proyectos fueron liderados íntegramente por organizaciones indígenas o asociaciones de productores, mientras que otros conformaron equipos de investigación mixtos integrando a investigadores indígenas en roles centrales. Este abanico de modalidades buscó asegurar la inclusión significativa de múltiples perspectivas y saberes en los procesos de transformación, otorgando voz y capacidad de decisión a los actores locales en la generación de soluciones. Adicionalmente, esta cohorte se

complementó con otras tres iniciativas iniciadas en 2021 que abordaron temas vinculados. Dichos proyectos se centraron en fortalecer la resiliencia y la inclusividad de los sistemas agroalimentarios urbanos, en mejorar la atención de enfermedades crónicas como la diabetes y la hipertensión a través de redes alimentarias alternativas (RAA; AFNs, por sus siglas en inglés) y en generar información para la toma de decisiones sobre el impacto de innovaciones agroecológicas en la resiliencia de las y los agricultores del Corredor Seco Centroamericano. En conjunto, la presente síntesis de aprendizajes abarca ocho proyectos (que a su vez incluyeron 16 subproyectos), que ofrecen una perspectiva amplia sobre la mejor manera de encarar la transformación de los sistemas alimentarios en la región.

Para analizar estas experiencias, se aplicó un enfoque metodológico integral que combinó la revisión de informes técnicos de los proyectos, entrevistas semiestructuradas a informantes clave y sesiones participativas con las comunidades involucradas. Este proceso permitió identificar tanto los temas y estrategias impulsados en el terreno como las condiciones habilitantes que explican los resultados alcanzados. La evaluación de los proyectos se organizó en torno a los trece principios de la agroecología: se examinó en qué medida cada principio fue incorporado en las intervenciones y qué desafíos surgieron en su aplicación. Los hallazgos revelan que se lograron avances significativos en la implementación de varios principios agroecológicos.



## Destacaron especialmente la co-creación de conocimiento.

### Es decir, el intercambio de saberes entre comunidades e investigadores

La participación activa y la gobernanza inclusiva, junto con el fomento de la equidad social en las iniciativas. En contraste, otros principios, como el cuidado de la salud animal y el reciclaje de nutrientes, mostraron un grado de integración más limitado en los proyectos analizados. Este balance heterogéneo evidencia la importancia de adoptar enfoques más holísticos, capaces de integrar todas las dimensiones de la agroecología y ajustarse a las realidades locales para promover transformaciones verdaderamente sostenibles.



Asimismo, emergieron factores habilitantes clave detrás de los éxitos obtenidos. Por ejemplo, los modelos de gobernanza territorial que involucraron a las comunidades en la toma de decisiones fueron cruciales para alinear las acciones con las prioridades locales.

De igual modo, la flexibilidad en la implementación —adaptando las actividades según las lecciones aprendidas y los cambios en el contexto— y la participación activa de diversos actores locales (agricultores, líderes comunitarios, mujeres y jóvenes) resultaron esenciales para garantizar la apropiación comunitaria y la sostenibilidad de los resultados más allá de la duración de los proyectos.

No obstante, el análisis también subraya varios obstáculos estructurales que limitan el alcance de estas intervenciones y que deben ser afrontados. Uno de ellos es la brevedad de los plazos de los proyectos, que a menudo resulta insuficiente para construir relaciones de confianza sólidas con las comunidades —un requisito fundamental para cualquier colaboración efectiva—. Asimismo, se identificó la necesidad de compensar de manera justa a las comunidades por el tiempo y el conocimiento que dedican al codiseño y la coimplementación de los proyectos: sin incentivos adecuados, la participación comunitaria tiende a mermar. Por último, persisten barreras que dificultan la participación plena de las mujeres y de la juventud, ya sea por la distribución desigual de responsabilidades, la falta de reconocimiento de sus aportes o su limitado acceso a recursos. Superar estos obstáculos requerirá estrategias específicas e inversiones sostenidas.

A partir de estas lecciones, el presente documento no solo evalúa los logros alcanzados, sino que también plantea recomendaciones estratégicas para guiar futuras intervenciones en la región. El objetivo es que los próximos esfuerzos consoliden sistemas agroalimentarios más justos, resilientes al clima y culturalmente pertinentes, construidos sobre la base del conocimiento local y la inclusión de todos los actores.



En última instancia, las experiencias recopiladas en esta síntesis —junto con un ejercicio análogo realizado en África occidental, estudios exploratorios previos y talleres de validación regional— proporcionan insumos valiosos para la reflexión colectiva y la definición de los ejes programáticos que orientarán la labor del IDRC en materia de transformación de los sistemas alimentarios durante los próximos cinco años.

## 2. Método

### Enfoque y diseño del análisis

El análisis se concibió como una síntesis de la iniciativa regional que comprende ocho proyectos implementados entre 2021 y 2025 en América Latina, centrados en la transición hacia sistemas alimentarios sostenibles, la agroecología y la agrobiodiversidad. El objetivo fue identificar aprendizajes sobre qué se financió (temas, estrategias, enfoques) y cómo se implementaron, es decir, las condiciones habilitantes que hicieron posible los resultados (modelos de gobernanza, flexibilidad en la implementación y participación). El método integró la revisión de informes de los proyectos, entrevistas y espacios participativos de discusión.

### El qué y el cómo en el diseño e implementación sobre agroecología y sistemas alimentarios en la región

Para comprender qué hicieron los proyectos y de qué manera, se aplicaron cuatro pasos metodológicos:

1. Revisión de los informes técnicos de cada proyecto con el fin de identificar resultados de investigación, lecciones

aprendidas, brechas de conocimiento, oportunidades de incidencia, estrategias de involucramiento de actores y sistemas de gobernanza fortalecidos o desarrollados.

2. Los proyectos se analizaron a través de la [Herramienta de Evaluación Financiera de la Agroecología](#) (AFAT, por sus siglas en inglés), lo que permitió evaluar la alineación de las prioridades de los proyectos de investigación con los 13 principios de agroecología del Grupo de Alto Nivel sobre Nutrición y Sistemas Alimentarios (HLPE, por sus siglas en inglés). Se evaluó a los proyectos y se les asignaron puntuaciones numéricas para indicar el grado de alineación con cada principio, y fueron complementadas con comentarios para obtener perspectivas de contexto. La puntuación distinguió entre principios que son “siempre aplicables” y aquellos que son “importantes pero dependientes del contexto”. Los principios “siempre aplicables” incluyen la co-creación de conocimiento, sinergias, eficiencia, resiliencia, reciclaje, valores humanos y sociales, cultura y tradiciones alimentarias, y gobernanza responsable. Estos se consideran universalmente relevantes en todos los contextos. Los principios “importantes pero dependientes del contexto”—como la diversidad, la economía circular y solidaria, la conectividad, la gobernanza de la tierra y los recursos naturales, y la participación—se consideran críticos, pero requieren adaptación a condiciones locales específicas. Los resultados de estos análisis no se presentan proyecto por proyecto sino ponderados como iniciativa.

### 3. Entrevistas semiestructuradas

diseñadas específicamente para cada proyecto, dirigidas a equipos implementadores, con el objetivo de complementar la información documental y recoger percepciones cualitativas sobre enfoques, procesos y lecciones aprendidas.

4. Sesión de trabajo virtual conjunta con todos los equipos, centrada en identificar barreras, oportunidades emergentes y prioridades para futuras programaciones.

Para comprender el “cómo”, se analizaron los modelos de gobernanza de los proyectos, y se diferenciaron entre redes horizontales, comunidades de práctica y esquemas híbridos, entre otros. Asimismo, se analizó el grado de flexibilidad adaptativa, es decir,

la posibilidad de ajustar planes y estrategias en función a cada contexto y sus cambios, la participación de actores locales en el diseño, implementación y evaluación de los proyectos, así como la apropiación de resultados y las modalidades de colaboración interinstitucional y su impacto en la sostenibilidad de las iniciativas.

Para efectos del siguiente análisis se han acordado nombres cortos de los proyectos que facilitan su referencia:



**Tabla 1. Nombres cortos de los proyectos acordados para fines de este documento**

Nombre completo	Nombre corto	Implementadores
Vecindarios saludables: Construyendo sistemas agroalimentarios sostenibles y resilientes en Lima y Quito	Vecindarios Alimentarios Saludables	Ecosad (Perú), FUNSAD (Ecuador) y Rikolto
Investigación Participativa en Agroecología en Latinoamérica y el Caribe (IPA-LAC)	IPA-LAC	Agroecology Fund, Ecosur, Asociación Andes (Perú), Parque de la Papa (Perú), CAE (Ecuador), FENSUAGRO (Colombia), ADEA (Perú), Indio Huatay (Cuba), ASOCUCH (Guatemala), IALA IXIM ULEW (Guatemala), GAIA (México)
Innovación agroecológica y gobernanza inclusiva de los sistemas agroalimentarios	Redes para la Transformación Agroalimentaria	Rimisp junto a PROSUCO (Bolivia), SANK (Guatemala), CESDER (México)
Agroecología y la resiliencia de los pequeños agricultores frente al cambio climático: Evidencia para transformar los sistemas alimentarios en el Corredor Seco de Centroamérica	Agroecología y Resiliencia	CGIAR
Alimentación para la vida: colaborando con los agricultores andinos a impulsar una agricultura y una alimentación más regenerativas para mejorar la salud humana, la equidad social y la restauración de los ecosistemas	Agricultura para la Vida	EkoRural, Pioneros, UTN, UTC, ESPOCH, Minga,
Evaluar y escalar redes alimentarias alternativas para abordar la diabetes mellitus y la hipertensión	Alimentación Regenerativa	FLACSO, EkoRural
Transformar los sistemas alimentarios para mejorar los medios de vida y la sostenibilidad ambiental en tres territorios indígenas de Colombia	Territorio, Comida y Vida	UNAL y UNICAUCA
Fortalecimiento de sistemas alimentarios de las nacionalidades y pueblos indígenas del Ecuador resilientes al cambio climático	Fortaleciendo Sistemas Alimentarios	Universidad Amawtay Wasi

### 3. Análisis de los proyectos según los 13 principios de la agroecología

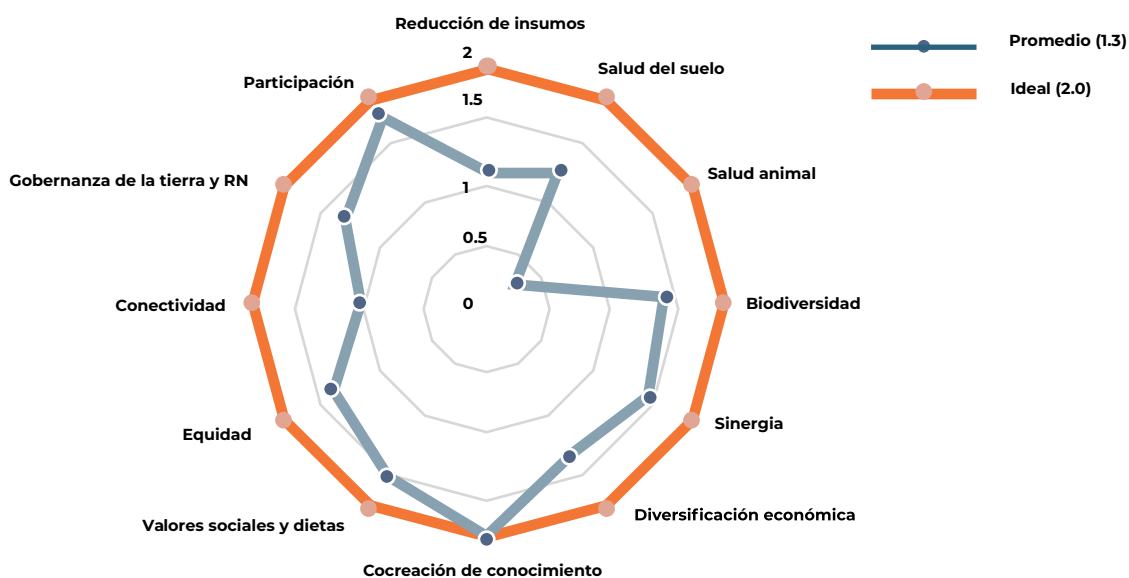
El análisis de los proyectos según los 13 principios de la agroecología ofrece una visión integral sobre los avances, desafíos y oportunidades en la transición hacia sistemas agroalimentarios sostenibles en América Latina. Estos principios, que abarcan desde la co-creación de conocimiento y la participación hasta la biodiversidad y la salud del suelo, permiten evaluar la profundidad y amplitud de las intervenciones realizadas. Aunque los proyectos han logrado avances significativos en áreas como la co-creación

de conocimiento (2.0 de 2) y la participación (1.8 de 2), otros principios, como la salud animal (0.3 de 2) y el reciclaje (0.9 de 2), muestran una integración limitada.

Este análisis subraya la importancia de abordar de manera equilibrada todos los principios agroecológicos, y reconocer que la transformación de los sistemas alimentarios requiere enfoques holísticos, inclusivos y culturalmente pertinentes que respondan a las realidades locales.

**Gráfico 1.** Análisis de proyectos de América Latina a través de la aplicación de los 13 principios de la agroecología

#### Análisis de proyectos - 13 principios



*Nota: Los puntajes van de 0 a 2. Una puntuación de 2 significa que el principio fue completamente integrado.*



A continuación, se da cuenta de los resultados del análisis de la iniciativa a través de los 13 principios de la agroecología.

### **Co-creación de conocimiento (puntuación promedio aproximada: 2.0 / 2)**

Una puntuación máxima de 2.0 para el principio de co-creación de conocimiento demuestra que este fue el eje central y mejor integrado en los proyectos agroecológicos, lo que destaca su papel transformador en la construcción de sistemas alimentarios sostenibles. La co-creación de conocimiento no solo implica el intercambio entre saberes técnicos y locales, sino también la generación de relaciones de confianza y corresponsabilidad entre comunidades, investigadores y otros actores. Este enfoque permitió que las prioridades y los métodos fueran culturalmente pertinentes y adaptados a las realidades territoriales, lo que fortaleció la legitimidad y la apropiación local de los resultados. Además, la co-creación facilitó la experimentación conjunta, el aprendizaje colectivo y la integración de perspectivas diversas, y ha consolidado a las comunidades como actores centrales en los procesos de transformación agroecológica.

Este valor máximo refleja que los proyectos lograron trascender enfoques unidireccionales, y promueven un diálogo horizontal y respetuoso que sentó las bases para intervenciones sostenibles y políticamente relevantes.

Como ejemplos de la integración de este principio en la iniciativa regional tenemos a EkoRural, que integró conocimientos andinos y tradicionales mediante ECAs y procesos de innovación campesina. Redes para la Transformación Agroalimentaria impulsó redes como Aj Awinel en

Guatemala y aplicó métodos como photovoice e historias de vida. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa fomentaron talleres participativos, encuestas y plataformas multiactor, como el Pacto Agroalimentario de Quito y el Consejo del Sistema Alimentario de Lima. Territorio, Comida y Vida destacó la transmisión intergeneracional y la autonomía comunitaria en la toma de decisiones.

### **Participación (puntuación promedio aproximada: 1.8 de 2)**

Con una puntuación de 1.8, el principio de participación refleja un nivel avanzado de integración en los proyectos agroecológicos. Los resultados sugieren avances significativos, pero también áreas de mejora relacionadas a barreras sistémicas. La participación es fundamental para garantizar la legitimidad y sostenibilidad de las intervenciones, ya que permite involucrar activamente a las comunidades en la toma de decisiones, el diseño de actividades y la evaluación de resultados. Sin embargo, aunque se han implementado métodos participativos, persisten desafíos, como la inclusión de sectores menos visibles, la superación de barreras específicas para mujeres y jóvenes, y la necesidad de descentralizar procesos para llegar a comunidades más alejadas. Esto subraya la importancia de fortalecer estrategias que promuevan una participación más equitativa y efectiva, y que aseguren que todos los actores locales tengan voz y agencia en los procesos de transformación agroecológica.

La participación comunitaria fue un punto fuerte y transversal. Agricultura para la Vida promovió la gobernanza descentralizada mediante ECAs y liderazgo comunitario. Redes para la Transformación Agroalimentaria facilitó diálogos territoriales y redes locales

participativas. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa involucraron productores en diseño participativo de bioferias y plataformas multiactor. Territorio, Comida y Vida integró comités comunitarios y procesos de decisión compartida. La participación activa y la toma de decisiones locales fueron pilares metodológicos robustos.

### Valores sociales y dietas (puntuación promedio aproximada: 1.7 de 2)

Una puntuación promedio de 1.7 indica un avance significativo en la integración de este principio, que resalta la importancia de promover sistemas alimentarios que respeten y valoren las tradiciones culturales, las prácticas alimentarias locales y la equidad social. Los proyectos lograron avances al fomentar el consumo de alimentos nativos y la soberanía alimentaria. Sin embargo, la puntuación también sugiere que persisten desafíos, como garantizar una mayor inclusión de grupos históricamente marginados (mujeres y comunidades indígenas) y abordar las barreras estructurales que limitan el acceso a dietas saludables y culturalmente pertinentes. Este resultado subraya la necesidad de seguir fortaleciendo las estrategias que promuevan la equidad y la diversidad cultural en los sistemas alimentarios, y asegurar que los valores sociales sean centrales en las transformaciones agroecológicas.

El fortalecimiento de sistemas alimentarios saludables y culturalmente pertinentes fue una prioridad común. Agricultura para la Vida promovió cultivos nativos y dietas locales como parte de la identidad cultural y la salud. Redes para la Transformación Agroalimentaria recuperó saberes culinarios tradicionales y fortaleció la nutrición familiar en huertos locales. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa integraron dietas andinas y alimentación

saludable mediante bioferias y sistemas urbanos, abordando desigualdades sociales. Territorio, Comida y Vida incorporó la cosmogonía indígena y prácticas alimentarias tradicionales en sus enfoques. Esta dimensión fue ampliamente integrada con resultados concretos.

### Sinergia (puntuación promedio aproximada: 1.6 de 2)

Esta puntuación refleja un progreso importante en la integración de este concepto en los proyectos agroecológicos, lo que destaca su capacidad para fomentar interacciones positivas entre los diferentes componentes de los sistemas agroalimentarios. La sinergia es fundamental para maximizar los beneficios ecológicos, sociales y económicos, ya que promueve sistemas resilientes y sostenibles. Este principio se centra en la creación de interacciones que potencien mutuamente los elementos del sistema, y que integren prácticas, conocimientos y actores para mejorar la productividad, la biodiversidad, la equidad social y la sostenibilidad ambiental.

El fortalecimiento de interacciones ecológicas fue una constante destacada.

Agricultura para la Vida desarrolló sistemas agroforestales integrados, labranza reducida y manejo holístico para optimizar sinergias entre suelo, agua y biodiversidad. Redes para la Transformación Agroalimentaria aplicó sistemas agrícolas-ganaderos y combinó huertos familiares con compostaje y conservación de semillas. Vecindarios Alimentarios Saludables conectó agricultura urbana y rural mediante hubs alimentarios, mientras Territorio, Comida y Vida enfatizó la integración de componentes del agroecosistema en

coherencia con objetivos de conservación ambiental. Aunque con matices, la sinergia fue uno de los principios más consolidados en la práctica.

### **Diversificación económica (puntuación promedio aproximada: 1.5 de 2)**

La puntuación da cuenta de un avance significativo en la promoción de estrategias que fortalecen la resiliencia y sostenibilidad de los sistemas agroalimentarios. La diversificación económica es clave para reducir la dependencia de monocultivos y mercados volátiles, y promueve sistemas productivos más diversos que integren actividades agrícolas, no agrícolas y de valor agregado. Los proyectos lograron avances al fomentar circuitos cortos de comercialización, redes de economía solidaria y la incorporación de prácticas agroecológicas que diversifican las fuentes de ingreso de las comunidades. Sin embargo, esta puntuación también sugiere que persisten desafíos, como la necesidad de fortalecer las capacidades locales para acceder a mercados diferenciados y garantizar la inclusión de grupos marginados, como mujeres y jóvenes, en las oportunidades económicas generadas. Este resultado subraya la importancia de seguir promoviendo enfoques que integren la diversificación económica con la equidad social y la sostenibilidad ambiental, y asegurar que las comunidades puedan construir medios de vida más resilientes y autónomos.


La diversificación de medios de vida fue un objetivo compartido con resultados desiguales. Agricultura para la Vida generó ingresos múltiples con sistemas agroforestales y mercados locales, lo que promovió el liderazgo femenino y juvenil. Redes para la Transformación Agroalimentaria fortaleció emprendimientos

juveniles para bioinsumos y huertos familiares liderados por mujeres en México y Guatemala. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa impulsaron bioferias y cadenas cortas para reducir intermediarios, aunque con limitaciones por la pandemia y persistencia de métodos convencionales. Territorio, Comida y Vida destacó la autonomía financiera como meta, pero sin evidencia clara de resultados prácticos. En general, se avanzó en la diversificación, pero con necesidad de mayor consolidación.

### **Equidad (puntuación promedio aproximada: 1.5 de 2)**

La puntuación refleja un progreso **importante en la integración de este principio** en los proyectos agroecológicos, aunque con áreas que requieren mayor atención para garantizar su plena implementación. La equidad es fundamental para asegurar que los beneficios de las intervenciones agroecológicas se distribuyan de manera justa, y que promuevan la inclusión de grupos históricamente marginados, como mujeres, jóvenes, pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes. Los proyectos avanzaron al implementar estrategias, como talleres exclusivos para mujeres, servicios de cuidado infantil y la promoción de liderazgos juveniles en procesos de innovación agroecológica. Sin embargo, esta puntuación también indica que persisten barreras estructurales, como la falta de recursos específicos para garantizar la participación equitativa y la tendencia a favorecer a élites locales en la toma de decisiones. Este resultado subraya la necesidad de fortalecer enfoques que promuevan la justicia social, eliminando barreras de acceso y asegurando que todos los actores tengan voz y agencia en los procesos de transformación agroecológica.





La equidad fue un eje transversal con resultados importantes pero heterogéneos. EkoRural priorizó la inclusión de mujeres y jóvenes en roles de liderazgo y venta directa. Redes para la Transformación Agroalimentaria promovió el liderazgo indígena y femenino en plataformas multiactorales. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa fortalecieron medios de vida locales mediante cadenas cortas, aunque enfrentaron barreras estructurales para garantizar condiciones de trabajo dignas. Territorio, Comida y Vida impulsó la autonomía económica de mujeres indígenas y productores pequeños con un enfoque participativo. La puntuación refleja avances importantes y desafíos para su consolidación.

#### **Biodiversidad (puntuación promedio aproximada: 1.5 de 2)**

##### **Esta puntuación revela un avance significativo**

en la integración de este principio en los proyectos agroecológicos, lo que destaca su papel central en la sostenibilidad de los sistemas agroalimentarios. La biodiversidad es clave para fortalecer la resiliencia ecológica, mejorar la productividad y garantizar la sostenibilidad a largo plazo. Los proyectos lograron avances al promover prácticas como la diversificación de cultivos, la conservación de semillas nativas y la integración de sistemas agroforestales, que no solo aumentaron la biodiversidad funcional, sino que también contribuyeron a la seguridad alimentaria y la soberanía de las comunidades. Sin embargo, esta puntuación también sugiere que persisten desafíos, como la necesidad de ampliar estas prácticas a mayor escala. Este resultado subraya la importancia de seguir fortaleciendo enfoques que promuevan la biodiversidad como un eje transversal, y que aseguren que las comunidades puedan gestionar sus recursos naturales de manera sostenible y adaptarse al cambio climático y cambios socioeconómicos.

La biodiversidad fue un eje bien trabajado en varios proyectos. Agricultura para la Vida destacó con la promoción de cultivos nativos, abonos verdes y agroforestería. Redes para la Transformación Agroalimentaria integró conservación e intercambio de semillas y planificación territorial agroecológica con laboratorios agroecológicos como espacios clave. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa impulsaron diversidad en huertos urbanos y bioferias, aunque con impactos más limitados en paisajes más amplios. Territorio, Comida y Vida incluyó especies nativas y prácticas **diversificadas con énfasis en cosmovisiones** indígenas. Estas experiencias reflejan un compromiso consistente, aunque con variaciones de escala y enfoque.

#### **Gobernanza de la tierra y los recursos naturales (puntuación promedio aproximada: 1.4 de 2)**

El promedio refleja un progreso moderado en la implementación de este principio, lo que destaca avances importantes, pero también áreas que requieren mayor atención. Este principio es esencial para garantizar que las comunidades locales tengan control y agencia sobre sus territorios y recursos, lo que promueve una gestión sostenible y equitativa. Los proyectos lograron avances al establecer plataformas multiactorales, comités territoriales consultivos y procesos participativos de ordenamiento territorial, como en México y Bolivia, donde se promovieron acuerdos de coinversión y se incluyeron criterios agroecológicos en políticas locales. Sin embargo, esta puntuación también indica desafíos persistentes, como la tendencia a centralizar decisiones, la falta de acceso a la tierra por parte de mujeres y jóvenes, así como la falta de recursos para garantizar la participación equitativa en la gobernanza.

Los proyectos integraron enfoques de gobernanza con diferentes grados de formalización. Agricultura para la Vida colaboró con organizaciones indígenas para fortalecer derechos sobre la tierra y la producción agroecológica. Redes para la Transformación Agroalimentaria aplicó planificación participativa en México y abordó derechos hídricos en Bolivia. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa reconocieron la gestión local de recursos, pero sin marcos institucionales sólidos. Territorio, Comida y Vida trabajó con comités comunitarios para fortalecer la autonomía y la resiliencia territorial. La puntuación refleja un avance relevante con oportunidades para mayor profundización.

#### Salud del suelo (puntuación promedio aproximada: 1.2 de 2)

Esta puntuación promedio para el principio de salud del suelo refleja un nivel de integración limitado en los proyectos agroecológicos, y destaca que, aunque se han realizado esfuerzos, este aspecto requiere mayor atención y fortalecimiento. La salud del suelo es un pilar fundamental para la sostenibilidad de los sistemas agroalimentarios, ya que influye directamente en la productividad, la resiliencia frente al cambio climático y la conservación de los ecosistemas. Los proyectos avanzaron al implementar prácticas como el uso de abonos orgánicos, la rotación de cultivos y la incorporación de sistemas agroforestales, pero la puntuación sugiere que estas iniciativas no fueron suficientemente amplias o sistemáticas. Además, persisten desafíos como la falta de recursos para monitorear la calidad del suelo.

Los proyectos coincidieron en priorizar la salud del suelo, aunque con logros variables. Agricultura para la Vida aplicó

prácticas robustas como labranza reducida, cobertura vegetal y compostaje con monitoreo participativo de indicadores biológicos. Redes para la Transformación Agroalimentaria fortaleció la fertilidad mediante bioinsumos y rotación de cultivos en sistemas agrícolas-ganaderos. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa promovieron compostaje y abonos orgánicos, pero con limitaciones por el uso persistente de fertilizantes químicos y el alcance reducido en contextos urbanos. Territorio, Comida y Vida incluyó conceptos agroecológicos para el manejo sostenible del suelo, aunque con evidencia escasa de resultados concretos en campo. En conjunto, la salud del suelo se trabajó como un eje importante, pero con margen de consolidación territorial.

#### Conectividad (puntuación promedio aproximada: 1.1 de 2)

Esta puntuación refleja un nivel bajo de integración en los proyectos agroecológicos, lo que sugiere que este aspecto fue abordado de manera limitada y requiere mayor atención para maximizar su potencial. La conectividad es esencial para fortalecer las redes entre actores, territorios y sistemas, y promover el intercambio de conocimientos, la colaboración multiactoral y la integración de cadenas de valor locales. Aunque algunos proyectos lograron avances al establecer plataformas multiactorales y redes comunitarias —como el proyecto **vecindarios alimentarios** en Perú y el proyecto Redes para la Transformación Agroalimentaria en Guatemala—, la puntuación sugiere que no reflejan los avances de la iniciativa en su conjunto. Persisten desafíos como la falta de recursos para facilitar la interacción entre comunidades rurales y urbanas,



la limitada articulación entre proyectos en un mismo territorio y la necesidad de incluir a actores menos visibles en las redes de gobernanza. Este resultado subraya la importancia de fortalecer la conectividad en futuras intervenciones, y promueve enfoques que integren actores diversos, fomenten la colaboración intersectorial y aseguren la sostenibilidad de las redes agroecológicas.

El fortalecimiento de redes locales mostró logros y limitaciones. Agricultura para la Vida construyó redes de distribución justas y economía circular entre productores rurales y consumidores urbanos. Redes para la Transformación Agroalimentaria impulsó la Red Aj Awinel para intercambios directos y producción juvenil de bioinsumos. Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa consolidaron bioferias y hubs alimentarios para conectar productores y consumidores, aunque con restricciones logísticas y efectos de la pandemia. Territorio, Comida y Vida evidenció menor énfasis en redes formales de comercialización.

### **Reducción de insumos (puntuación promedio aproximada: 1.1 de 2)**

La puntuación refleja un nivel bajo de integración en los proyectos agroecológicos, e indica que este aspecto fue abordado de manera limitada y requiere mayor atención para alinearse con los objetivos de sostenibilidad. La reducción de insumos externos, como fertilizantes y pesticidas químicos, es fundamental para disminuir los costos de producción, reducir los impactos ambientales y fortalecer la autonomía de los agricultores. Aunque algunos proyectos promovieron prácticas como el uso de abonos orgánicos, bioinsumos y técnicas de manejo integrado de plagas, la puntuación sugiere que estas iniciativas no fueron suficientemente sistemáticas ni

ampliamente adoptadas. Persisten desafíos como la falta de acceso a alternativas locales y asequibles, la dependencia de insumos convencionales en ciertos contextos y la necesidad de mayor capacitación técnica para los agricultores. Este resultado subraya la importancia de priorizar estrategias que fomenten la transición hacia sistemas de producción más sostenibles en los cuales se promueva la innovación local y la co-creación de soluciones que reduzcan la dependencia de insumos externos.

El avance en la reducción de insumos dañinos fue relevante pero incompleto. Agricultura para la Vida logró eliminar prácticamente el uso de fertilizantes sintéticos y pesticidas mediante manejo ecológico del suelo y bioinsumos adaptados localmente. Redes para la Transformación Agroalimentaria reportó progresos significativos con control orgánico de plagas en sus ECAs. Sin embargo, los proyectos enfrentaron retos sistémicos en la eliminación completa de insumos sintéticos, con evidencia de residuos de pesticidas en alimentos y persistencia de prácticas convencionales en agricultura urbana y periurbana. Territorio, Comida y Vida mostró un compromiso conceptual fuerte, pero escasa evidencia de implementación práctica. Estas diferencias reflejan un avance parcial hacia la autonomía productiva y la reducción de dependencia en insumos externos.

### **Reciclaje (puntuación promedio aproximada: 0.9 de 2)**

Los resultados reflejan una integración limitada de este aspecto en los proyectos agroecológicos, lo que indica que se abordó de manera marginal y que representa un área crítica para mejorar. El reciclaje es esencial para cerrar los ciclos de nutrientes y energía dentro de los sistemas agroalimentarios, y así



reducir la dependencia de insumos externos y minimizar los desechos. Aunque algunos proyectos promovieron prácticas como el compostaje y el uso de residuos orgánicos para la fertilización, persisten desafíos como la falta de infraestructura adecuada, la limitada capacitación en técnicas de reciclaje y la escasa integración de estas prácticas en las estrategias productivas locales.

El reciclaje fue uno de los principios con mayores limitaciones en su implementación. Agricultura para la Vida en Ecuador mostró avances sobresalientes al integrar ciclos cerrados con labranza reducida, cobertura permanente, abonos verdes y manejo holístico con plantas perennes. Sin embargo, proyectos como Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa, en contextos urbanos de Ecuador y Perú, evidenciaron intervenciones fragmentadas como huertos urbanos y bioferias sin consolidar sistemas circulares integrales. Redes para la Transformación Agroalimentaria también presentó enfoques parciales con producción local de bioinsumos y cosecha de agua, pero con escasa articulación sistémica.

### Salud animal (puntuación promedio aproximada: 0.3 de 2)

Esta puntuación da cuenta de una integración mínima de este aspecto en los proyectos agroecológicos y, a la vez, refleja que los enfoques de la iniciativa en América Latina han estado más orientado a cultivos. Sin embargo, la salud animal es fundamental para garantizar sistemas agroalimentarios sostenibles, ya que los animales desempeñan un papel clave en la fertilización del suelo, el control de plagas y la diversificación de los medios de vida rurales.

Este principio fue el menos abordado en la mayoría de los proyectos. Solo Redes para la Transformación Agroalimentaria reportó integración parcial en sistemas agrícolas-ganaderos para el reciclaje de nutrientes y control de malezas, pero sin estrategias claras ni monitoreo sistemático del bienestar animal. En el resto de las iniciativas no se consideró como componente relevante, lo que refleja un área débilmente desarrollada en la agenda agroecológica revisada.

El análisis de los proyectos según los 13 principios de la agroecología evidencia tanto logros destacados como áreas críticas que requieren mayor atención. Los avances en principios como la co-creación de conocimiento y la participación demuestran el potencial transformador de enfoques inclusivos y colaborativos, mientras que las limitaciones en aspectos como la salud animal y el reciclaje reflejan la necesidad de fortalecer estrategias integrales y sistémicas.

Este balance resalta que la agroecología no es solo un cambio técnico, sino un proceso político, social y cultural que demanda tiempo, recursos y compromiso sostenido. Para consolidar los logros y superar las barreras, es fundamental priorizar la equidad, la sostenibilidad y la resiliencia en todas las dimensiones de los sistemas agroalimentarios, y asegurar que las comunidades locales sean protagonistas en la construcción de un futuro más justo y sostenible.





## 4. Temas transversales a partir de los resultados


La siguiente sección presenta los temas transversales identificados a lo largo del portafolio de proyectos implementados en América Latina entre 2021 y 2025. Estos temas reflejan aprendizajes comunes que atraviesan distintas experiencias y que resultan fundamentales para comprender los factores que fortalecen o limitan la transición hacia sistemas agroalimentarios sostenibles. Incluyen aspectos como el diálogo de saberes, resiliencia, la participación y equidad, la co-creación de conocimiento y la gobernanza territorial, así como la incorporación de tecnologías apropiadas y el reconocimiento de los saberes indígenas y tradicionales. El análisis de estos temas permite observar conexiones entre proyectos diversos y resalta las condiciones habilitantes necesarias para avanzar en procesos de transformación agroecológica con pertinencia cultural y sostenibilidad en el tiempo.

### Diálogo de saberes y co-creación de conocimiento (co-creación del conocimiento, participación, valores sociales y dietas, equidad, conectividad)

La implementación de los proyectos se caracterizó por el reconocimiento y el diálogo entre los conocimientos locales e indígenas y los conocimientos técnicos a través de procesos participativos de co-creación. Algunos métodos que se pusieron en práctica incluyeron talleres comunitarios, entrevistas colectivas, visitas a fincas, registros visuales y narrativos, mapas sensibles y experimentación.


El proyecto Territorio, Comida y Vida, en Nariño y Cauca, desarrolló metodologías de co-creación para diseñar rutas de transición hacia sistemas alimentarios sostenibles, incorporando indicadores sensibles a dimensiones emocionales y culturales de las comunidades locales.

A su vez, Agricultura para la Vida, en Ecuador, adaptó protocolos científicos de monitoreo de suelos al lenguaje y prácticas campesinas, lo que facilitó su apropiación y relevancia local. Estos enfoques permitieron validar y resignificar prácticas ancestrales, fomentar el intercambio de saberes y generar nuevos conocimientos para enfrentar desafíos como las sequías. Los proyectos resaltaron la importancia de que estos saberes y métodos sean reconocidos institucionalmente para evitar su marginación o apropiación sin consentimiento.



En la iniciativa regional IPA-LAC, el diálogo de saberes se potenció mediante la investigación-acción participativa (IAP). Comunidades, organizaciones de base y académicos trabajaron conjuntamente para co-crear metodologías, indicadores y soluciones adaptadas a sus contextos.

Por ejemplo, se construyeron SPG en Colombia y Ecuador para certificar producción agroecológica local, protocolos bioculturales en Perú para proteger conocimientos tradicionales, y mapeos de actores clave en Cuba para incidir en políticas públicas, todos desarrollados con amplia colaboración comunitaria. Estos espacios de co-creación se fortalecieron gracias a encuentros presenciales, visitas de campo y talleres, que facilitaron un intercambio horizontal de experiencias. La convivencia en territorio permitió generar confianza mutua, adaptar lenguajes y consolidar redes de colaboración más sólidas. Ahora bien, también se identificaron retos, como barreras institucionales para formalizar colaboraciones con la academia y la necesidad de superar enfoques extractivistas o relaciones desiguales. Para ello fue fundamental el rol de actores mediadores que sirvieron de puente entre sectores, lo que ayudó a equilibrar el diálogo.



Todos los proyectos coincidieron en que la legitimidad y eficacia de las propuestas agroecológicas dependen del reconocimiento de los saberes ancestrales e indígenas.

Iniciativas como Redes para la Transformación Agroalimentaria, Agricultura para la Vida, Fortaleciendo Sistemas Alimentarios o Territorio, Comida y Vida subrayan que la agroecología no debe concebirse como una intervención externa, sino como un proceso co-construido en diálogo con las cosmovisiones locales (por ejemplo, el sumak kawsay o la Pachamama). La integración entre conocimientos académicos e indígenas y locales no solo aumenta la pertinencia técnica de las prácticas, sino que también fortalece la identidad cultural, la confianza entre actores y la apropiación colectiva de los procesos de transformación territorial.

Las experiencias evidenciaron que la co-creación y la innovación solo generan transformaciones sostenibles cuando se construyen desde el territorio, en diálogo con sus actores y en sintonía con sus tiempos, lenguas y visiones del mundo.





De hecho, la mayoría de proyectos surgieron de procesos previos donde las organizaciones locales ya habían identificado y priorizado los temas según sus propias dinámicas, lo que evitó agendas impuestas y aseguró una alineación con las aspiraciones territoriales.

**Pedagogías interculturales y fortalecimiento de capacidades (co-creación del conocimiento, participación, valores sociales y dietas, equidad, biodiversidad, resiliencia, conectividad)**

Los proyectos otorgaron un lugar central a la resignificación de los procesos de aprendizaje, y han promovido pedagogías interculturales en diálogo con los contextos territoriales e integradas con enfoques científicos accesibles. Estas pedagogías no se limitaron a transmitir contenidos técnicos, sino que incorporaron dimensiones espirituales, culturales y territoriales, empleando herramientas tecnológicas y metodológicas apropiadas. Asimismo, se reconoció a las lenguas originarias como vehículos esenciales para preservar valores, conocimientos y vínculos con el territorio.

También se fortalecieron las capacidades para la gestión sostenible local y la toma de decisiones informadas, integrando el conocimiento científico con los saberes locales. Esta articulación partió de la convicción de que el fortalecimiento de capacidades es más efectivo cuando responde a desafíos concretos de cada territorio. En este marco, varios proyectos diseñaron propuestas educativas basadas en cosmovisiones propias. Fortaleciendo Sistemas Alimentarios construyó su metodología tomando principios de la cosmovisión andina (como la chakana, el ayllu y el sumak kawsay) para guiar los procesos formativos. Complementariamente, Agricultura para la Vida y Agroecología

y Resiliencia impulsaron metodologías participativas como la enseñanza campesino-a-campesino, la observación directa en fincas, las rutas de aprendizaje y el acompañamiento técnico horizontal.

Otros proyectos innovaron con herramientas formativas co-creadas. Por ejemplo, Territorio, Comida y Vida y Alimentación Regenerativa desarrollaron materiales educativos y metodologías de evaluación sensibles a las emociones para reconocer la espiritualidad como un componente clave del aprendizaje. Coinciden en que los procesos de intercambio de conocimientos (indígena, técnico, científico) deben ser profundamente contextualizados y contruidos de manera colaborativa con las comunidades, respetando sus valores y formas de aprendizaje.

Una estrategia importante fue el acompañamiento técnico adaptado a la cultura local. Varias iniciativas evitaron enfoques rígidos o verticales, y dieron prioridad a procesos de acción-aprendizaje con respeto por los saberes locales.

En la Sierra Centro y Norte de Ecuador, Agricultura para la Vida formó técnicos **facilitadores locales (campesinos capacitados)** para liderar mingas, experimentos de compostaje y la implementación de sistemas agroforestales, ajustándose a los ritmos y formas comunitarias de trabajo. De modo similar, Fortaleciendo Sistemas Alimentarios trabajó con los consejos de gobierno de pueblos indígenas que designaron técnicos comunitarios como mediadores interculturales durante el diseño del proyecto. Esto garantizó la adecuación cultural de las actividades y el consentimiento informado de las familias

participantes. Gracias a este enfoque, se evitó la imposición de modelos externos y se respetaron las dinámicas propias de aprendizaje en cada comunidad, lo que aseguró mayor pertinencia cultural y sostenibilidad a largo plazo.

Asimismo, se fortalecieron espacios locales de aprendizaje colectivo. En Ecuador, Agricultura para la Vida consolidó ECAs y escuelas itinerantes de agricultura regenerativa como espacios de gobernanza pedagógica local. Cogestionadas con gobiernos municipales (por ejemplo, el de Pedro Moncayo), estas ECAs permitieron a comunidades campesinas e indígenas planificar sus propios aprendizajes, experimentar colectivamente y decidir sobre la gestión de sus recursos naturales. Además, este proyecto contribuyó a formar una Plataforma Regional de Innovación Liderada por Agricultores, que articula movimientos agroecológicos, universidades y comunidades para el aprendizaje cruzado y la restauración de ecosistemas andinos. Estas experiencias educativas interculturales promovieron el aprendizaje horizontal y la experimentación participativa, lo que fortalece las capacidades locales y fomenta la resiliencia en la gestión de los recursos del territorio.



## Participación activa de las comunidades

**Participación, co-creación del conocimiento, equidad, valores sociales y dietas, conectividad, resiliencia**

La participación activa de las comunidades rurales e indígenas resultó ser un componente esencial en el diseño, la implementación y la sostenibilidad de los procesos agroecológicos. Desde el inicio, los proyectos involucraron a la gente local en la toma de decisiones, lo que aseguró que las intervenciones respondieran a sus prioridades y contextos. Un rasgo común fue la creación de espacios seguros, culturalmente pertinentes y horizontales que permitieron a todos ejercer su voz, especialmente a grupos tradicionalmente marginados como mujeres y jóvenes.

A través de métodos participativos lúdicos (talleres creativos, mapeos colectivos, juegos tradicionales) y de espacios de formación como Escuelas Campesinas, las comunidades visibilizaron sus prioridades y construyeron agendas colectivas con enfoque de género, de juventudes e intercultural. Integrar a las comunidades desde el diseño mismo de las intervenciones fortaleció la legitimidad de los procesos y aumentó su sostenibilidad en el tiempo, tal como demostraron proyectos como Alimentación Regenerativa y Territorio, Comida y Vida.

Los proyectos también incorporaron activamente a líderes locales como investigadores y facilitadores dentro de sus estructuras. Se promovió la inclusión de investigadoras e investigadores locales, en su mayoría líderes comunitarios, para que aportaran sus perspectivas en la definición de actividades de investigación e incidencia. De esta manera se aseguró que las prioridades de la comunidad estuvieran en el centro de la planificación, garantizando mayor pertinencia y arraigo. La participación

de investigadores locales no solo enriqueció los enfoques con miradas autóctonas, sino que también promovió la equidad y la inclusión en los procesos al democratizar la generación de conocimiento.

Cabe destacar que esta participación comunitaria se concebía de manera flexible y adaptativa. Las estructuras organizativas de los proyectos fueron diseñadas para ajustarse a los contextos políticos locales, integrando prácticas, conocimientos y colaboraciones preexistentes en cada territorio. Esa adaptabilidad fue clave para generar confianza y asegurar decisiones legítimas. En muchos casos, los equipos implementadores dedicaron tiempo a dialogar continuamente con las comunidades, mediante espacios de encuentro periódicos donde se coordinaban actividades, se discutían ajustes estratégicos y se compartían aprendizajes entre pares. Estos diálogos continuos fomentaron la colaboración multiactoral y el aprendizaje colectivo, ya que construyeron redes de confianza fundamentales para el éxito de las intervenciones.



No obstante, los proyectos enfrentaron desafíos al promover una participación realmente inclusiva. En algunos casos faltó tiempo para construir relaciones de confianza de largo plazo; en otros, la compensación ofrecida a las comunidades por su dedicación fue limitada. Asimismo, persistieron barreras estructurales —por ejemplo, normas culturales que dificultan la participación plena **de las mujeres o los jóvenes**— que requirieron mayor flexibilidad e innovación para ser superadas. Estas dificultades subrayan la necesidad de enfoques aún más inclusivos, flexibles y culturalmente pertinentes que sigan fortaleciendo las capacidades locales y promuevan la corresponsabilidad de las comunidades en la gestión de sus territorios.

**Equidad de género y rol de las mujeres (equidad, co-creación del conocimiento, participación, valores sociales y dietas, diversificación económica, resiliencia, gobernanza de la tierra y los recursos naturales)**

Las mujeres desempeñaron un rol protagónico en múltiples dimensiones de las iniciativas agroecológicas. En todos los países se evidenció su liderazgo en la gestión de huertos familiares y comunitarios, en la articulación de redes de economía solidaria, en la organización de ferias agroecológicas y de ollas comunes, así como en la transmisión intergeneracional de conocimientos agrícolas y culturales. Durante la crisis de la pandemia de la COVID-19, su aporte se hizo particularmente visible: muchas iniciativas de abastecimiento alimentario comunitario —tanto rurales como urbanas— se sostuvieron gracias al trabajo incansable de mujeres que asumieron la primera línea de respuesta solidaria.



A pesar de su contribución fundamental, persisten barreras estructurales que limitan la plena equidad de género. Las mujeres enfrentan, en muchos contextos, acceso desigual a la tierra, dificultades para obtener financiamiento, escasa representación en estructuras de gobernanza y falta de reconocimiento institucional de su trabajo.

Para hacer frente a estas brechas, algunos proyectos, por ejemplo, Redes para la Transformación Agroalimentaria y Alimentación Regenerativa, desarrollaron herramientas con enfoque de derechos que visibilizan el trabajo doméstico y de cuidado como parte integral del sistema agroalimentario, que han promovido su valoración y reconocido su contribución económica y social.

Esto busca subsanar la histórica invisibilización del trabajo de las mujeres en la producción y reproducción de la vida.

Muchos esfuerzos se enfocaron en garantizar la participación e inclusión real de las mujeres en los procesos. Un ejemplo ilustrativo proviene de Agroecología y Resiliencia en Honduras, donde se planificaron grupos focales exclusivos para mujeres y se trabajó con especialistas de género para cuestionar normas sociales restrictivas, asegurando que ellas tuvieran voz y representación en la planificación y el escalamiento agroecológico. De igual modo, el proyecto Alimentación Regenerativa implementó entrevistas y talleres específicos en comunidades indígenas kichwa, empleando personal bilingüe para facilitar la participación de mujeres mayores en su lengua materna. Además, brindó cuidado infantil y reconocimiento financiero por el tiempo dedicado por

las mujeres, con lo cual se eliminaron las barreras logísticas y financieras de participación. Estas estrategias muestran que una inclusión efectiva requiere planificación cuidadosa, sensibilidad cultural y asignación de recursos adecuados. Un hallazgo fue que, cuando se toman estas medidas, las mujeres incrementan significativamente su participación y liderazgo en los proyectos.

El enfoque de género también implicó crear entornos seguros y propicios. Todos los proyectos fomentaron espacios donde las mujeres pudieran expresarse libremente sin discriminación. Mediante talleres con enfoque de género y dinámicas participativas, se incorporó la perspectiva femenina en las agendas colectivas y se atendieron sus prioridades prácticas y estratégicas. Por ejemplo, Agroecología y Resiliencia ajustó sus métodos implementando sesiones separadas para mujeres y aplicando enfoques especializados, lo cual evidenció que la inclusión real de las mujeres no ocurre de forma automática: requiere intención, recursos y romper con prácticas tradicionales de exclusión.

Las experiencias resaltaron el rol crítico de las mujeres en la sostenibilidad de las economías alternativas y del cuidado. Según documentaron Alimentación Regenerativa y Vecindarios Alimentarios Saludables, son las mujeres quienes sostienen estos circuitos económicos desde su trabajo productivo, reproductivo y de cuidado.

Iniciativas como las ollas comunes urbanas, activadas en emergencias como la pandemia, se basaron en redes de apoyo mayoritariamente femeninas.

Sin embargo, a pesar de su importancia, se evidenció una falta de reconocimiento institucional y financiero de este trabajo, así como la necesidad de integrar estas dimensiones en las políticas de desarrollo rural y en los presupuestos públicos. La ausencia de dicho reconocimiento perpetúa la inequidad de género, al no valorar el aporte de las mujeres en la resiliencia comunitaria. Por ello, los proyectos abogaron por repensar los modelos económicos desde los territorios y desde las cosmovisiones de las propias mujeres, incorporando valores de interdependencia, cuidado mutuo y sostenibilidad en las iniciativas productivas.

### Participación de las juventudes y relevo generacional (participación, equidad, co-creación del conocimiento, diversificación económica, valores sociales y dietas, conectividad, resiliencia)

Las juventudes rurales e indígenas también ocuparon un lugar destacado en los procesos, en los que se consolidaron como agentes de cambio y garantizaron el relevo generacional en la agroecología. En los proyectos se promovieron espacios específicos para que las y los jóvenes fortalecieran su agencia mediante formación práctica, diálogo intergeneracional y participación en procesos de incidencia política. De este modo, muchos jóvenes adquirieron conocimientos técnicos agroecológicos al tiempo que renovaron su compromiso con las tradiciones locales, sirviendo de puente entre la sabiduría de sus mayores y las innovaciones actuales.

A pesar de su entusiasmo, las y los jóvenes enfrentan obstáculos parecidos a los de las mujeres en el ámbito rural. Persisten barreras estructurales importantes, como la dificultad de acceso a tierra propia, las



trabas para obtener financiamiento y la falta de representación en espacios de gobernanza agraria y organizaciones productivas. Estas limitaciones estructurales a menudo desincentivan a la juventud rural, y contribuyen a la migración del campo a la ciudad. Reconociendo este problema, los proyectos implementaron enfoques para motivar e incluir a la juventud en cada etapa.

Por ejemplo, en Bolivia (municipio de Torotoro), Redes para la Transformación Agroalimentaria, a través de la PROSUCO, impulsó la participación de jóvenes en la producción de bioinsumos agroecológicos y los formó como líderes comunitarios, dándoles un protagonismo real en la innovación local. Este tipo de iniciativa elevó el perfil de las y los jóvenes, y demostró su capacidad para liderar emprendimientos agroecológicos cuando se les brindan oportunidades y formación.

Asimismo, grupos de jóvenes (muchos de ellos en conjunto con mujeres) encabezaron experiencias de innovación agroecológica en campo. En Ecuador,

Agricultura para la Vida reportó que brigadas de mujeres y jóvenes lideraron parcelas experimentales dedicadas a la producción de bioinsumos y la diversificación de cultivos locales, con lo que lograron encadenar su producción a circuitos cortos de comercialización —como la iniciativa llamada La Divina Papaya— para abastecer mercados locales. Este involucramiento práctico fomentó no solo el aprendizaje aplicado entre la juventud, sino también su emprendimiento y la generación de ingresos, y demostró que la agroecología puede ser una vía atractiva de realización profesional y personal para las nuevas generaciones.



Todos los proyectos procuraron crear entornos propicios para la participación juvenil, desde metodologías más lúdicas y uso de tecnologías digitales **(atractivas para los jóvenes)** hasta asegurar que sus opiniones fueran escuchadas en las reuniones comunitarias. La creación de espacios horizontales y respetuosos permitió que muchos jóvenes expresaran sus ideas e inquietudes libremente, y que rompieran patrones de jerarquía etaria

tradicionales. Algunos proyectos incluso incluyeron componentes específicos, como talleres de liderazgo juvenil o intercambios entre jóvenes de distintas comunidades, que generaron redes de pares que se apoyan mutuamente en el aprendizaje. Las estrategias integrales para involucrar a la juventud reflejaron un compromiso con la equidad intergeneracional. Al igual que con el enfoque de género, se buscó eliminar barreras y brindar apoyos concretos: por ejemplo, hubo iniciativas que ofrecieron microcréditos o bancos de tierra comunitarios para proyectos liderados por jóvenes, o becas de estudio y pasantías en agroecología.

Aunque estos elementos no estaban presentes en todos los proyectos, marcan una tendencia necesaria para lograr el relevo generacional agroecológico. La inclusión activa de las juventudes —con voz, voto y poder de acción— aseguró que la transición agroecológica sea sustentable en el tiempo y esté enriquecida con la creatividad, la energía y la perspectiva innovadora de las nuevas generaciones. De esta forma, las y los jóvenes dejan de ser vistos solo como beneficiarios para convertirse en protagonistas del cambio aportando ideas frescas y asumiendo la posta en la construcción de sistemas alimentarios más justos y sostenibles.

**Tecnologías apropiadas y herramientas digitales (co-creación del conocimiento, participación, resiliencia, conectividad, salud del suelo, biodiversidad)**

La adopción de tecnologías apropiadas —ajustadas a las condiciones locales y a las capacidades de las comunidades— se consolidó como un tema transversal en los proyectos, especialmente en lo relacionado con herramientas digitales e innovaciones de bajo costo.



Estas tecnologías resultaron útiles únicamente cuando respondieron a necesidades concretas del territorio. Estuvieron acompañadas de procesos de formación adecuados, contaron con conectividad suficiente y dispusieron de soporte técnico local. La apropiación fue más efectiva en las zonas rurales, cuando las soluciones tecnológicas resolvían problemas reales, como la planificación de siembras o el monitoreo participativo de la salud del suelo, y cuando se integraban de manera coherente con los saberes campesinos e indígenas, a los cuales complementaba en lugar de sustituirlos.

Un ejemplo resaltante de tecnología apropiada es la combinación de saberes tradicionales con herramientas digitales de monitoreo climático. En Bolivia, el proyecto Redes para la Transformación Agroalimentaria (implementado por PROSUCO) desarrolló la aplicación móvil PachaSol junto con la herramienta comunitaria Pachagrama, que integran referencias culturales andinas con tecnología para el seguimiento climático. PachaSol permitió instalar estaciones meteorológicas de bajo costo en comunidades altoandinas y generar pronósticos meteorológicos hiperlocales.

Lo importante es que su desarrollo fue participativo: **las comunidades validaron la herramienta y aportaron feedback para** ajustar su utilidad a las decisiones agrícolas locales (por ejemplo, en la planificación de siembras y manejo de agua). PachaSol se integró con prácticas agroecológicas existentes, como huertos comunales y uso de insumos orgánicos, y mostró cómo la tecnología puede complementar —y no suplantarse— los saberes campesinos tradicionales.

En México, Pachagrama (inicialmente un cuaderno de observación climática comunitaria) fue adaptado por CESDER a un formato digital que sistematiza datos automáticamente, acompañado de un tablero de control (dashboard) para la gestión local de la información climática. Esta innovación tecnológica participativa expandió las redes de observadores comunitarios del clima y facilitó la apropiación de la herramienta por parte de la comunidad.

Como resultado, se fortaleció el monitoreo climático comunitario en distintas regiones de la Sierra de Puebla.

En contraste, en Guatemala, la adopción de estas tecnologías digitales fue más limitada debido a problemas de conectividad y la preferencia por los saberes agrícolas tradicionales. Este contraste resaltó la importancia de **adaptar cualquier innovación tecnológica** a las condiciones técnicas, culturales y organizativas de cada territorio, para que realmente sea apropiada y útil.

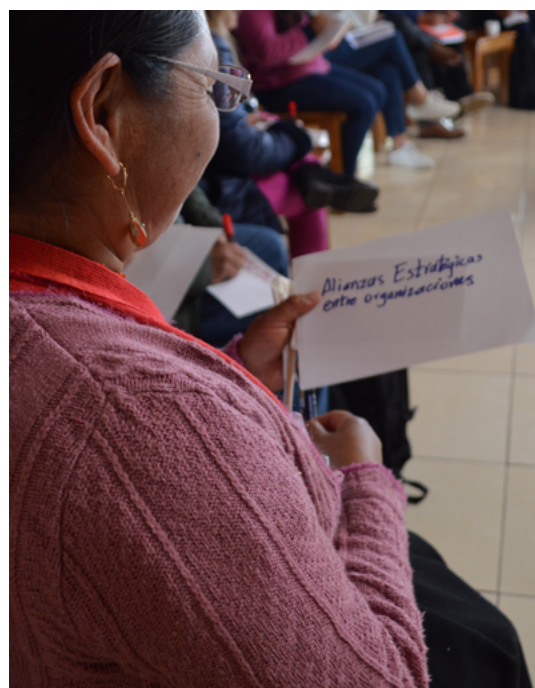
También se combinaron tecnologías con la agroecología en otros ámbitos. El proyecto Agroecología y Resiliencia aportó evidencia sobre la efectividad de combinar tecnologías apropiadas con principios agroecológicos. Por ejemplo, en los sistemas de producción de café en Centroamérica, la instalación de sencillos sensores de temperatura y humedad en fincas agroforestales ayudó a cuantificar el beneficio microclimático de la sombra de árboles (reducciones de 2 a 5 °C en temperaturas locales) y a mitigar la erosión en eventos de lluvia intensa. Igualmente, en cultivos de maíz y frijol, se incorporaron pequeñas tecnologías de riego por goteo y herramientas para cosecha de agua de

lluvia dentro de los bundles tecnológicos (paquetes integrados) validados con las comunidades, lo que mejoró la eficiencia hídrica y la resiliencia ante sequías. Estas combinaciones demuestran que la agroecología no depende de una sola técnica, sino de combinaciones adaptadas al contexto local, lo que suma tanto prácticas tradicionales como elementos tecnológicos novedosos.

Otro ejemplo proviene de Agricultura para la Vida en la Sierra Norte y Centro de Ecuador, donde se desarrollaron procesos participativos de experimentación campesina para validar y ajustar prácticas regenerativas. Los agricultores, con acompañamiento técnico, probaron el compostaje aeróbico con materia orgánica local, el uso de coberturas vegetales en los cultivos, la siembra de abonos verdes estacionales y sistemas agroforestales sucesivos que combinan frutales, maderables y cultivos anuales. Estos procesos estuvieron apoyados por métodos de aprendizaje basado en la acción y por redes locales de innovación, como el colectivo Sumak Pacha y las ECAs mencionadas, donde llegaron a más de 360 participantes entre comunidades indígenas y campesinas. Un logro significativo fue la alianza con universidades locales para medir y monitorear la salud del suelo utilizando indicadores accesibles y de bajo costo: por ejemplo, evaluaron la estabilidad de agregados del suelo con una aplicación móvil sencilla, midieron el color del suelo con cartas cromáticas adaptadas y estimaron la respiración microbiana con métodos caseros.

En total se validaron ocho indicadores prácticos de calidad de suelo para uso comunitario, lo que facilitó que los propios agricultores pudieran monitorear el impacto de las prácticas agroecológicas en sus parcelas.

Gracias a estos esfuerzos, en Ecuador se crearon y equiparon laboratorios de salud del suelo en tres universidades, se elaboró un manual técnico en español con los resultados y se apoyó la realización de más de 12 tesis universitarias vinculadas, lo que fortaleció la generación de conocimiento local en agroecología. Asimismo, alrededor de 30 herramientas de aprendizaje (guías, videos, materiales) fueron desarrolladas y validadas en campo, mientras grupos de mujeres y jóvenes lideraron parcelas experimentales de innovación (como las de bioinsumos mencionadas) y diversificación de cultivos. Con estas acciones se consolidaron cadenas cortas de comercialización, como la marca comunitaria La Divina Papaya para vender sus productos saludables. Estos resultados muestran avances concretos hacia la restauración de la fertilidad del suelo, la reducción de la dependencia de insumos químicos externos y la construcción de sistemas alimentarios más resilientes, adaptados al contexto ecológico y cultural de los Andes ecuatorianos.



Los impactos de estas prácticas fueron palpables. En todos los sitios, la mejora en la salud del suelo y la biodiversidad agrícola incrementó la seguridad alimentaria local al hacer los cultivos más productivos y menos vulnerables a plagas o sequías. Por ejemplo, en Ecuador, las comunidades de Agricultura para la Vida implementaron un monitoreo participativo del suelo que les permitió ajustar dinámicamente sus prácticas regenerativas:

Cuando ciertos indicadores mostraban degradación o poca mejoría, los agricultores colectivamente decidían modificar técnicas o incorporar nuevos abonos, con lo que lograron terrenos más esponjosos, ricos en materia orgánica y capaces de retener más agua.

En México, Guatemala y Bolivia, Redes para la Transformación Agroalimentaria facilitó la creación de comités de concertación territorial donde comunidades y autoridades priorizaron la diversificación agrícola y la adopción de prácticas agroecológicas locales. Esto fortaleció la resiliencia frente a la variabilidad climática y promovió una autonomía productiva local al reducir la dependencia de insumos externos o alimentos importados.

Las iniciativas demostraron que la tecnología puede ser una aliada de la agroecología cuando se la desarrolla e implementa con un enfoque crítico y contextualizado. Las innovaciones digitales y herramientas modernas brindaron valor agregado al facilitar la **tomada de decisiones con mejor información** y al escalar ciertas prácticas (por ejemplo, monitorear suelos, clima o mercados en tiempo real), pero siempre y cuando se diseñaran junto a las comunidades atendiendo sus prioridades y contextos.

### Resiliencia comunitaria y adaptación ante la crisis (resiliencia, participación, co-creación del conocimiento, salud del suelo, biodiversidad, reducción de insumos externos, equidad, conectividad, gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

La resiliencia climática y la capacidad de adaptación ante crisis fueron puestas a prueba en múltiples ocasiones, y los proyectos documentaron la notable capacidad de respuesta de las organizaciones locales frente a eventos adversos. Las comunidades demostraron que la resiliencia no solo depende de técnicas agrícolas, sino sobre todo de la cohesión social, la articulación comunitaria y los saberes locales acumulados. Durante la emergencia sanitaria de la COVID-19, por ejemplo, se activaron numerosas formas de respuesta solidaria lideradas especialmente por mujeres: ollas comunes, huertos urbanos, redes de trueque de alimentos y bioferias, que florecieron en barrios periurbanos para alimentar a las familias vulnerables.

Estas estrategias —documentadas en Vecindarios Alimentarios Saludables y Alimentación Regenerativa— no solo atendieron necesidades alimentarias inmediatas, sino que reforzaron vínculos de solidaridad, reciprocidad y organización territorial. A pesar de la limitada presencia institucional en esos momentos, las comunidades evidenciaron una alta capacidad de autogestión, creatividad y compromiso social para sostenerse mutuamente frente a la crisis.

En contextos de crisis sociopolíticas y ambientales —como ocurrió en algunas zonas de Guatemala y México durante la ejecución de Redes para la Transformación Agroalimentaria—,

los territorios enfrentaron desafíos como bloqueos de caminos, incendios forestales e inestabilidad institucional. Ante estas amenazas, las comunidades locales reactivaron sus mecanismos tradicionales de alerta temprana, redes de cuidado y estrategias colectivas de autoprotección para resguardar su seguridad y mantener en marcha los procesos agroecológicos iniciados.

Estas respuestas comunitarias resaltan que la resiliencia no se basa únicamente en la capacidad técnica de adaptación, sino en la confianza comunitaria, el sentido de propósito compartido y una gobernanza local arraigada en la confianza y la cooperación. En efecto, las experiencias subrayan que la resiliencia se construye a partir de relaciones comunitarias fuertes y reconocimiento de los liderazgos locales —especialmente de las mujeres—, mediante estrategias de largo plazo que fortalezcan la autonomía organizativa frente a futuros escenarios de crisis. Entendida como una capacidad colectiva, la resiliencia comunitaria permite no solo resistir los impactos inmediatos, sino también sostener y transformar los procesos sociales y políticos en contextos **cambiantes**.



**Economías solidarias, territoriales y del cuidado (diversificación económica, equidad, valores sociales y dietas, biodiversidad, co-creación del conocimiento, participación, resiliencia, conectividad)**

Los proyectos promovieron formas alternativas de economía basadas en la reciprocidad, la solidaridad y la **relocalización de los circuitos alimentarios**, lo que reforzó la autonomía y resiliencia económica de las comunidades. En lugar de depender exclusivamente del mercado global o de insumos externos, se fomentó la producción para el autoconsumo, el trueque y los circuitos cortos de comercialización que conectan directamente a productores con consumidores locales. Por ejemplo, Fortaleciendo Sistemas Alimentarios en Perú desarrolló propuestas de economía circular inspiradas en principios del don y el trueque, que rescataron prácticas ancestrales de intercambio no monetario. A su vez, Agricultura para la Vida en Ecuador y Agroecología y Resiliencia en Centroamérica fortalecieron las ferias locales agroecológicas, crearon bancos comunitarios de semillas nativas y establecieron mecanismos de ahorro colectivo para financiar



iniciativas productivas a pequeña escala. Alimentación Regenerativa, por su parte, impulsó el análisis de las cadenas alimentarias territoriales con perspectiva de género y derechos, visibilizando el trabajo de las mujeres y proponiendo mejoras en la distribución de valor a lo largo de la cadena.

En la práctica, estas formas de economía resultaron especialmente efectivas cuando se articularon con redes locales y con procesos educativos participativos que fortalecieron la confianza y la organización comunitaria. Un ejemplo de articulación exitosa se dio en Agricultura para la Vida, que logró consolidar plataformas de experimentación campesina en torno a la salud del suelo. En estas plataformas, agricultores locales y estudiantes universitarios colaboraron para desarrollar indicadores de salud del suelo y prácticas regenerativas apropiadas, lo que generó una sinergia entre conocimiento empírico y científico.



Sin embargo, este proyecto también enfrentó desafíos como la falta de protocolos estandarizados (cada comunidad innovaba de forma distinta, lo que dificultaba la comparación de resultados) y el limitado acceso a ciertos insumos locales para escalar prácticas como el compostaje.

Otro hallazgo relevante provino de Alimentación Regenerativa. En sus sitios de trabajo en Ecuador, se encontró que las RAA —espacios de mercado locales autogestionados— no solo fortalecieron la soberanía alimentaria de las comunidades, sino que también redujeron indicadores de riesgo de salud asociados a la mala alimentación, como la diabetes y la hipertensión. Esto se logró al facilitar dietas más frescas y diversas mediante la provisión de alimentos locales sanos. No obstante, la sostenibilidad de estas redes dependió en gran medida de mantener alianzas con los gobiernos locales (para contar con apoyo logístico y normativo) y de la capacidad de mantener precios accesibles para los consumidores, de modo que los productos agroecológicos fueran competitivos.

Enfatizando este punto, los proyectos reconocieron que construir mercados locales más justos y sostenibles requiere inversión sostenida en capacidades organizativas (por ejemplo, capacitación en comercialización y asociatividad), en educación alimentaria para que los consumidores valoren los productos agroecológicos, y en la articulación de actores públicos y comunitarios para apoyar estas iniciativas. Solo así será posible ampliar las experiencias exitosas sin perder su base territorial y cultural, es decir, sin que pierdan su esencia al crecer.

Un aspecto transversal en las economías solidarias fue el papel protagónico de las mujeres. Como se mencionó previamente, las mujeres sostienen gran parte de la economía del cuidado y productiva en lo local. Se documentó cómo estas formas de economía comunitaria permitieron enfrentar crisis como la pandemia gracias al trabajo solidario de mujeres en ollas comunes y redes urbanas de abastecimiento. Sin embargo, también quedó en evidencia la falta de reconocimiento institucional hacia este trabajo: las mujeres rara vez reciben apoyo financiero o técnico por mantener viva la economía doméstica y comunitaria, y esas contribuciones no se reflejan en las políticas públicas vigentes.

Por ello, los proyectos abogaron por incluir estas dimensiones en las políticas de desarrollo rural y en los presupuestos gubernamentales, para que se reconozca que el cuidado, la alimentación comunitaria y la solidaridad son pilares de la sostenibilidad que deben ser apoyados desde el Estado.

Finalmente, varios proyectos subrayaron la necesidad de repensar los modelos económicos desde los territorios y sus cosmovisiones. Esto significa recuperar valores como la interdependencia, el cuidado mutuo, la reciprocidad con la naturaleza y la reinversión de excedentes en la propia comunidad. Las economías solidarias impulsadas integraron estos valores al funcionamiento cotidiano: en los trueques se reafirmó la confianza, en los bancos de semillas se resguardó la biodiversidad local como bien común, y en las ferias agroecológicas se priorizó el vínculo directo y justo entre quien produce y quien consume.

La construcción de estas economías territoriales y del cuidado demostró que es posible fortalecer la resiliencia económica de las comunidades rurales, y reducir su vulnerabilidad ante las

fluctuaciones de mercados externos, al mismo tiempo que se promueve la equidad de género y la cohesión social en el ámbito local.

**Gobernanza territorial, autonomía organizativa e incidencia política (gobernanza de la tierra y los recursos naturales, participación, equidad, co-creación del conocimiento, conectividad, resiliencia, valores sociales y dietas)**

Para asegurar que los cambios impulsados perduren en el tiempo, los proyectos fomentaron la organización autónoma de las comunidades y su participación en la gobernanza territorial, al mismo tiempo que desarrollaron estrategias de incidencia política desde la base. En diversos contextos, se acompañó la creación y el fortalecimiento de colectivos locales: asociaciones de agricultores, redes agroecológicas, plataformas educativas comunitarias e incluso alianzas interinstitucionales que nacieron desde lo local y luego se proyectaron a escalas regionales o nacionales. Estas estructuras organizativas fueron claves para continuar los procesos más allá del ciclo de vida de los proyectos, lo que creó condiciones para sostener las transformaciones en el largo plazo y posicionar la voz de los territorios en las agendas públicas.

Un elemento central de esta gobernanza local fue combinar la autonomía en la toma de decisiones con vínculos estratégicos hacia afuera. Las comunidades reforzaron su autonomía para decidir sobre sus procesos (qué sembrar, cómo manejar sus recursos, qué proyectos emprender) y, a la vez, se generaron espacios de diálogo con actores públicos y académicos cuando fue pertinente.



Por ejemplo, en Bolivia, Guatemala y México, el proyecto Redes para la Transformación Agroalimentaria ayudó a establecer y consolidar espacios de concertación territorial que reunieron a comunidades indígenas, municipalidades y organizaciones campesinas para definir agendas colectivas de trabajo y gestionar recursos públicos de apoyo a la agricultura diversificada. En Ecuador, Agricultura para la Vida y Alimentación Regenerativa fortalecieron las RAA que articularon productores agroecológicos con consumidores conscientes, cooperativas de consumo y ferias locales, y crearon espacios de experimentación campesina y aprendizaje horizontal vinculados con universidades y ONG.

En Lima y Quito, el proyecto Vecindarios Alimentarios Saludables apoyó la conformación de plataformas multiactorales de alcance municipal, integrando huertos urbanos, redes de ollas comunes, autoridades locales y consumidores organizados para trabajar planes alimentarios locales. Y en Colombia, comunidades indígenas del Cauca y Nariño

trabajaron con universidades nacionales para diseñar rutas de transición hacia sistemas alimentarios más sostenibles, con lo cual consolidaron alianzas entre resguardos indígenas, académicos y autoridades locales.

En todos estos casos, las comunidades demostraron su autonomía organizativa al actuar según sus propios marcos culturales y políticos, pero logrando también articularse con actores externos (gobiernos, universidades) para potenciar sus iniciativas.

Varios proyectos desarrollaron mecanismos innovadores de gobernanza local participativa. En el Parque de la Papa en Perú (parte de la iniciativa IPA-LAC), se consolidó un sistema de gobernanza comunal con mecanismos claros y transparentes para distribuir los beneficios de los emprendimientos comunitarios. Este sistema incluía disposiciones para que incluso las familias que no participaban directamente de un proyecto agroecológico recibieran parte de los beneficios, y aseguraran que los recursos e ingresos irradian a todo el colectivo comunitario.



En Cuba, IPA-LAC apoyó la formación de un colectivo de investigación en políticas públicas que articuló universidades, asociaciones de productores, pequeños agricultores y gobiernos locales. Este colectivo desarrolló una metodología para analizar actores clave y crear espacios de diálogo con el fin de incidir en un marco legal favorable a la agroecología y planificar nuevos espacios de acción conjunta. También en Colombia, el trabajo participativo derivó en la creación de una marca campesina colectiva y un SPG, que definieron en conjunto valores y principios compartidos para la comercialización local de productos agroecológicos, con proyectos piloto en varias comunidades. Estos ejemplos muestran cómo la gobernanza local puede institucionalizarse mediante reglas claras, acuerdos colectivos y sellos de calidad comunitarios que empoderan a las comunidades en la gestión de sus recursos y productos.

Un factor facilitador identificado fue la presencia de actores bisagra o mediadores —personas con un pie en la institución (por ejemplo, funcionarios locales o académicos) y otro en la organización de base—, que facilitaron espacios de diálogo respetuoso y horizontal. Dichos mediadores (por ejemplo, técnicos locales que a la vez eran líderes comunitarios) ayudaron a traducir lenguajes y generar confianza entre los diferentes actores. De hecho, se subrayó que los vínculos de confianza contruidos fueron fundamentales para la articulación entre organizaciones y comunidades, y entre estas y las instituciones gubernamentales. Esta confianza permitió alinear expectativas, reducir conflictos y crear una visión compartida de las metas territoriales.

La gobernanza territorial impulsada desde las comunidades va más allá de las estructuras institucionales tradicionales, ya que promueve la planificación participativa, el diálogo de saberes y la definición de prioridades con un enfoque territorial. Estas experiencias adoptaron diversas formas —desde comités comunales hasta políticas municipales— y permitieron que las comunidades asumieran un mayor control sobre el uso, cuidado y gestión de sus territorios.

En América Latina existen ejemplos claros de estos enfoques. El programa Redes para la Transformación Agroalimentaria, en países como Bolivia, Guatemala y México, apoyó la incorporación de principios agroecológicos en el ordenamiento territorial municipal mediante espacios participativos con múltiples actores, como conversatorios comunitarios y foros locales. Estos espacios, frecuentemente liderados por mujeres y jóvenes indígenas, priorizaron acciones para la transición agroecológica y facilitaron el intercambio de conocimientos que influyó en la zonificación del suelo y en la planificación del desarrollo rural. Como resultado, en varias comunidades se logró acceder a financiamiento público para proyectos de agricultura diversificada, lo que demostró el potencial de la incidencia local en las políticas rurales.

En Ecuador, iniciativas como Alimentación Regenerativa y Agricultura para la Vida impulsaron la creación de RAA y promovieron importantes reformas normativas. Un logro destacado fue la revocatoria del Decreto 645 — que obstaculizaba la comercialización



de alimentos artesanales—, así como el reconocimiento legal de las RAA dentro del marco jurídico nacional. Además, mediante metodologías participativas (investigación-acción, monitoreo comunitario de salud), estas comunidades evidenciaron impactos positivos en la nutrición y la organización local, información que sirvió para sustentar cambios de política pública orientados a la agroecología.

En contextos urbanos, el proyecto Vecindarios Alimentarios Saludables demostró cómo la gobernanza multiactor puede traducirse en políticas municipales concretas. A través del Consejo del Sistema Alimentario de Lima (CONSIAL) y mediante plataformas multiactorales similares en Quito, este proyecto aportó evidencia para sustentar ordenanzas municipales que promueven la agricultura urbana y la recuperación de alimentos. Como resultado, en ambas ciudades se elaboraron planes alimentarios municipales que incorporan la agroecología y la seguridad alimentaria como prioridades de los gobiernos locales.

De igual forma, en Colombia la iniciativa Territorio, Comida y Vida apoyó a comunidades indígenas en el diseño de rutas de transición participativas hacia sistemas alimentarios sostenibles, incorporando indicadores propios para el seguimiento del progreso. Gracias a este proceso de planificación desde la comunidad, las comunidades pudieron presentar propuestas concretas basadas en sus saberes y necesidades a las autoridades departamentales y nacionales, y lograron posicionar sus agendas en la discusión pública y obtener respaldo para sus proyectos.

La incidencia política lograda desde los territorios no se limitó a cambiar normas o leyes; también consiguió posicionar las demandas locales en los espacios de toma de decisión. Un elemento clave en todas estas iniciativas fue el fortalecimiento de liderazgos territoriales —mujeres, jóvenes y líderes indígenas— para actuar como voceros y negociadores frente a las autoridades. Al basarse en evidencias generadas en el propio territorio y en procesos de co-creación comunitaria, estas acciones de gobernanza e incidencia ganaron legitimidad y fuerza técnica para impulsar cambios en las políticas públicas. En conjunto, estas experiencias demuestran que la gobernanza territorial participativa puede adaptarse a distintos contextos y niveles, y empoderar a las comunidades para incidir efectivamente en la gestión de sus propios territorios y en las decisiones que afectan sus medios de vida.

A pesar de los avances en gobernanza e incidencia, los proyectos enfrentaron desafíos estructurales que limitan la escalabilidad de sus logros. Entre ellos se mencionan la rotación frecuente de funcionarios públicos (lo que diluye la continuidad de las políticas), la escasa apertura institucional hacia enfoques innovadores o no convencionales, la fragmentación normativa que a veces genera contradicciones entre leyes (por ejemplo, sanitarias versus de fomento agroecológico) y la captura de espacios participativos por actores con poder político o económico, lo cual puede desvirtuar su objetivo.

Asimismo, muchos procesos carecieron de sostenibilidad financiera asegurada: dependían de proyectos o donaciones temporales, y las comunidades

enfrentaron dificultades para cubrir los costos de continuar actividades una vez concluido el apoyo externo. Esto evidencia la necesidad de trabajar en políticas públicas de largo plazo que institucionalicen el apoyo a la agroecología (por ejemplo, fondos concursables permanentes, incentivos a la agricultura ecológica, integración en planes de desarrollo rural).

Finalmente, se identificó la necesidad de fortalecer aún más las capacidades locales en comunicación estratégica, negociación e incidencia en distintos niveles de gobierno. Dotar a las y los líderes comunitarios de herramientas para dialogar con alcaldes, autoridades o empresas es crucial para escalar las soluciones agroecológicas sin perder su esencia participativa.

La construcción de gobernanza territorial inclusiva y la promoción de políticas públicas desde el territorio han demostrado ser pilares habilitantes para el éxito y la sostenibilidad de los proyectos agroecológicos.

Al articular principios como la participación, la conectividad, la equidad social, la resiliencia y la co-creación de conocimiento, se lograron plataformas multiactorales, redes comunitarias y comités consultivos que institucionalizan la toma de decisiones compartida y la coinversión a largo plazo. Estas experiencias demuestran que la agroecología trasciende lo técnico, y se consolida como un proceso político y social orientado a construir capacidades locales y fomentar la corresponsabilidad en la gestión del territorio. La voz organizada de las comunidades, cuando se une en redes y cuenta con evidencias y propuestas concretas, puede influir en transformaciones de mayor escala hacia sistemas alimentarios más sostenibles y legítimos.

### Comunicación comunitaria e intercultural (participación, co-creación del conocimiento, valores sociales y dietas, equidad, conectividad)

Varios proyectos utilizaron la comunicación comunitaria como herramienta estratégica para reforzar la identidad cultural, facilitar el diálogo y apoyar la incidencia política en torno a la agroecología. Reconociendo el poder de las narrativas y los medios de difusión locales, se impulsaron iniciativas comunicacionales que conectaron a las comunidades entre sí y con el público urbano, visibilizando sus propuestas. En Ecuador, por ejemplo, Alimentación Regenerativa colaboró con movimientos sociales como Minga por la Pachamama y Slow Food Ecuador para promover redes comunitarias de alimentación saludable. Juntos organizaron programas de radio comunitaria y encuentros nacionales sobre alimentación, donde productores y consumidores intercambiaron experiencias, sensibilizando a la sociedad sobre la importancia de la agroecología y la soberanía alimentaria.

Por su parte, Agricultura para la Vida potenció el uso de medios comunitarios (como boletines locales, radios rurales) y de redes sociales locales para difundir historias y conocimientos sobre la agricultura campesina e indígena regenerativa.

A través de videos cortos, podcasts en idioma kichwa y publicaciones en Facebook administradas por jóvenes rurales, este proyecto ayudó a resignificar el valor cultural y social de la agricultura tradicional, mostrando su aporte a la salud y al ambiente.

En Lima, Vecindarios Alimentarios Saludables apoyó la producción de contenidos para redes sociales y la organización de eventos públicos (ferias, festivales) con el fin de visibilizar la labor de las ollas comunes urbanas, a las cuales presentó como actores clave del sistema alimentario local y no solo como medidas asistenciales de emergencia.

También se trabajó en fortalecer las capacidades de comunicación de las propias organizaciones de base. Territorio, Comida y Vida brindó capacitación a líderes comunitarios para diseñar y comunicar sus propias ideas e iniciativas por medio de folletos y presentaciones que les permitieron exponer sus propuestas ante autoridades locales.

**En el proyecto Redes para la Transformación Agroalimentaria**, se llevaron a cabo talleres de formación en comunicación e incidencia para las organizaciones socias (por ejemplo, PROSUCO en Bolivia, CESDER en México). Como resultado, elaboraron materiales como dípticos informativos y videos institucionales donde comunicaron su trabajo y resultados a tomadores de decisión y a las comunidades locales, lo que elevó el perfil de la agroecología en el debate público.

En todos los casos, la comunicación intercultural—es decir, aquella que respeta y realza las distintas culturas—jugó un rol unificador. La radio en lengua originaria, los relatos tradicionales compartidos en encuentros, las imágenes de la Pachamama en afiches, todas estas son expresiones que conectaron el mensaje agroecológico con la identidad cultural de los pueblos. Esto no solo fortaleció el orgullo y la autoestima de las comunidades al ver sus valores reflejados, sino que fomentó el diálogo con otros sectores de la sociedad desde el respeto y la empatía.

La comunicación comunitaria efectiva promovió la incidencia política al amplificar las narrativas locales y presentarlas en espacios más amplios. En la medida en que las experiencias y logros de las comunidades agroecológicas se difundieron en medios masivos o alternativos, se generó mayor presión y receptividad por parte de autoridades y ciudadanos consumidores hacia políticas de apoyo.

Tal como señalaron los proyectos, la comunicación popular logró fortalecer la identidad cultural, fomentar el diálogo interno y externo, y potenciar la incidencia desde los **territorios. Al visibilizar** las historias locales de éxito —una familia que mejora su nutrición con la huerta, una comunidad que reforesta su microcuenca, un grupo de mujeres que sostiene un mercado agroecológico—, se resignificó el valor de la agricultura campesina e indígena, se rompieron estigmas de atraso y se la mostró como camino viable al desarrollo sostenible. En suma, la comunicación intercultural se consolidó como un instrumento transversal para tejer redes, difundir aprendizajes y posicionar la agroecología en la opinión pública desde la voz de sus protagonistas.





**Redes de colaboración y alianzas multiactor** (conectividad, participación, co-creación del conocimiento, equidad, resiliencia, gobernanza de la tierra y los recursos naturales, valores sociales y dietas)

Las redes de colaboración —tanto a nivel local como regional— fueron una columna vertebral que sostuvo e impulsó las innovaciones agroecológicas en América Latina. Los proyectos financiados propiciaron la creación y fortalecimiento de alianzas estratégicas multiactorales: vínculos de trabajo conjunto entre universidades, ONG, organizaciones comunitarias y distintos niveles de gobierno. Estas alianzas permitieron abordar de forma integral desafíos complejos de los sistemas alimentarios, combinando conocimientos científicos con experiencia de campo y capacidades institucionales.

En el ámbito nacional y local se lograron hitos importantes de articulación. En Lima y Quito, el proyecto Vecindarios Alimentarios Saludables unió esfuerzos de actores públicos (municipalidades, ministerios) con académicos y líderes vecinales para promover la gobernanza alimentaria urbana y la sostenibilidad en las ciudades. En México, Guatemala y Bolivia, Redes para la Transformación Agroalimentaria articuló redes de colaboración entre organizaciones campesinas, colectivos indígenas, universidades locales y entidades gubernamentales para fomentar la agroecología y transformar los sistemas alimentarios rurales. En Ecuador, Agricultura para la Vida vinculó estrechamente a varias universidades ecuatorianas con asociaciones campesinas de base para promover la co-creación de conocimiento y el fortalecimiento de capacidades locales de manera conjunta. Por su parte, la iniciativa IPA-LAC en Colombia, Cuba, Ecuador, México, Nicaragua y Perú consolidó alianzas nacionales amplias, juntando a organizaciones de base, universidades y colectivos comunitarios en cada país para planificar e implementar las acciones de forma horizontal, lo que creó verdaderas comunidades de práctica y redes de confianza entre los participantes de distintos territorios. Estas alianzas multiactorales fortalecieron la colaboración entre actores diversos, lo que promovió la sostenibilidad y resiliencia en los sistemas alimentarios al aunar recursos y conocimiento hacia objetivos comunes.

Más allá de las fronteras nacionales, el apoyo del IDRC contribuyó a tejer redes regionales de intercambio y aprendizaje. Se establecieron espacios regulares de diálogo entre proyectos de diferentes países para compartir



experiencias, compararlas y extraer lecciones transferibles. En IPA-LAC, por ejemplo, se conformó una comunidad de práctica regional que facilitó el intercambio de conocimientos entre los equipos nacionales, promovió aprendizajes colectivos y enriqueció las estrategias de cada lugar con las innovaciones probadas en otros sitios. Este intercambio Sur-Sur inspiró la adaptación de lecciones aprendidas y fomentó la innovación a partir de ideas de colegas de otros países. En Agricultura para la Vida, ese proceso avanzó hacia la creación de una plataforma regional de innovación liderada por agricultores, que conectó movimientos agroecológicos, universidades y comunidades de varios países andinos para apoyarse mutuamente en la restauración de ecosistemas y la promoción de la agroecología a escala regional.

La construcción de estas redes regionales demostró ser fundamental para amplificar el impacto de cada proyecto. Compartir evidencias y métodos exitosos permitió evitar replicar errores y adaptarse más rápidamente a los contextos locales, además de generar un sentido de movimiento continental

comprometido con la transformación agroalimentaria. Como resumen, las iniciativas evidenciaron que las alianzas multiactorales y las redes de colaboración —ya sean nacionales o regionales— son esenciales para fomentar la innovación, el aprendizaje colectivo y la sostenibilidad en los sistemas alimentarios.

Un caso resaltante de fortalecimiento de redes comunitarias ocurrió en Lima durante la pandemia: la espontánea Red de Ollas Comunes de Lima, nacida como respuesta de emergencia, fue acompañada por Vecindarios Alimentarios Saludables y se consolidó como un actor social y político legítimo. Se brindó apoyo técnico a esta red de comedores autogestionados, ayudándoles a recopilar datos sobre nutrición y abastecimiento que sirvieron para incidir ante las autoridades, y se les articuló con productores rurales agroecológicos para mejorar el suministro de alimentos frescos a la ciudad. De este modo, una red surgida de la base se fortaleció y adquirió capacidad de interlocución con el Estado, lo que evidenció la equidad y la soberanía alimentaria como demandas ciudadanas legítimas.



De forma similar, en Alta Verapaz (Guatemala), Redes para la Transformación apoyó a la organización SANK en la consolidación de la Red Aj Awinel, que agrupa a agricultores indígenas diversificados. Esta red **funciona como plataforma de articulación** productiva, aprendizaje colectivo e incidencia política local a favor de la agroecología y la soberanía alimentaria: se relaciona con municipalidades y ministerios para abogar por incentivos a la agricultura familiar indígena. El fortalecimiento de redes comunitarias como la Red de Ollas Comunes o la Red Aj Awinel promovió la equidad (dando voz a actores antes marginados) y afianzó la soberanía alimentaria al consolidar a las comunidades como actores legítimos en la gobernanza de sus territorios.

Asimismo, se promovió la creación de comités territoriales consultivos formalizados que integran a múltiples actores locales en la toma de decisiones. En Torotoro, Bolivia, Redes para la Transformación, junto a PROSUCO, establecieron el Comité Territorial Consultivo (CTC), una plataforma oficial de gobernanza multiactoral que reúne a autoridades comunitarias (sindicatos agrarios), al gobierno municipal y a técnicos de territorio.

Este comité define de manera participativa las prioridades de inversión, cofinancia proyectos agroecológicos y de adaptación **climática**, y ha logrado acordar mecanismos de coinversión municipal, lo que a su vez ha institucionalizado el apoyo público a estas iniciativas. El CTC de Torotoro se consolidó al punto de ser reconocido por el gobierno municipal, lo que garantiza la continuidad de la gobernanza agroecológica más allá del proyecto puntual. La institucionalización de comités territoriales como este asegura que la gobernanza multiactoral tenga

respaldo normativo y recursos asignados, y que se incrementen tanto la sostenibilidad como la resiliencia de las iniciativas agroecológicas locales.

Al tejer redes de colaboración sólidas —desde el nivel comunitario hasta el regional— los proyectos construyeron una infraestructura social que potencia y trasciende los logros individuales. Las redes regionales y las comunidades de práctica facilitaron un flujo constante de ideas y apoyo mutuo, mientras que las redes locales y plataformas multiactorales aseguraron que cada comunidad no estuviera sola, sino conectada a aliados y fuentes de respaldo.

Gracias a ello, muchas innovaciones agroecológicas podrían ser replicadas en otros sitios. Esta conectividad, combinada con la participación activa y la integración de perspectivas locales, sienta las bases para una gobernanza inclusiva y transformadora de los sistemas alimentarios, donde la resiliencia y la sostenibilidad se construyen colectivamente a través de la unión de esfuerzos y conocimientos.

Los resultados obtenidos demuestran que los proyectos agroecológicos han sido efectivos en generar transformaciones significativas en los territorios, al integrar principios como la co-creación de conocimiento, la participación, la resiliencia y la equidad.

Las experiencias documentadas destacan la importancia de metodologías participativas, el fortalecimiento de redes comunitarias y la incorporación de prácticas regenerativas para enfrentar desafíos como el cambio climático, la inseguridad alimentaria y la exclusión social. Sin embargo, también se identificaron limitaciones, como la necesidad

de mayor inversión en capacidades locales, la superación de barreras estructurales y la consolidación de alianzas estratégicas con instituciones del Estado para garantizar la sostenibilidad a largo plazo. Estas lecciones reafirman que la agroecología no es solo un enfoque técnico, sino un proceso político y social que requiere la participación activa de las comunidades y la articulación de actores diversos para construir sistemas alimentarios más justos, resilientes y **sostenibles**.



## 5. Recomendaciones para futuras iniciativas en América Latina

Esta sección presenta un conjunto de recomendaciones estratégicas para orientar futuras iniciativas regionales en América Latina, enfocadas en la transformación de los sistemas alimentarios. Estas propuestas abordan tanto las temáticas prioritarias como los enfoques metodológicos necesarios para garantizar intervenciones sostenibles, inclusivas y adaptadas a las realidades locales. Basadas en principios fundamentales de agroecología, como la conectividad, la equidad social, la co-creación de conocimiento y la gobernanza inclusiva, las recomendaciones buscan responder a los desafíos sociales, económicos y ambientales de los territorios, y promover transformaciones sistémicas y duraderas en la región.

### 5.1. Recomendaciones sobre temas de investigación para una futura iniciativa sobre sistemas alimentarios en la región

Las recomendaciones sobre las temáticas a abordar en futuras iniciativas sobre sistemas alimentarios en América Latina destacan la necesidad de enfoques

integrales que respondan a los desafíos sociales, económicos y ambientales de los territorios. Estas propuestas abarcan desde el escalamiento de prácticas agroecológicas y la integración de saberes ancestrales con ciencia aplicada hasta la participación transformadora de mujeres y jóvenes, la planificación alimentaria urbana y la gobernanza territorial. Cada recomendación está alineada con principios fundamentales de agroecología, como la conectividad, la equidad social, la co-creación de conocimiento y la gobernanza inclusiva, lo que asegura que las intervenciones sean legítimas, sostenibles y adaptadas a las realidades locales.

#### Escalamiento de prácticas agroecológicas con enfoque territorial (principios de conectividad y gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

Los proyectos sistematizados muestran que es posible identificar modelos agroecológicos exitosos, como la agroforestería en café impulsada por Agroecología y Resiliencia, los huertos familiares promovidos por Redes para la

**Transformación Agroalimentaria** y los procesos de monitoreo participativo del suelo facilitados por Agricultura para la Vida. Estos últimos proyectos generaron resultados positivos en sostenibilidad, resiliencia y apropiación local gracias a la identificación y validación colaborativa de indicadores accesibles y relevantes —como la estabilidad de agregados, el color del suelo mediante aplicaciones móviles, la respiración con pruebas Solvita y la abundancia de macrofauna—, complementados con talleres, formación universitaria y tesis estudiantiles que ayudaron a estandarizar protocolos y capacitar a las comunidades en técnicas de medición adaptadas a sus recursos y contextos. Sin embargo, aún persiste un vacío importante en torno a cómo escalar estas prácticas sin comprometer su identidad territorial y su coherencia con principios agroecológicos.

Se requiere investigar las condiciones institucionales, sociales y económicas que facilitan o dificultan este escalamiento, y prestar especial atención al rol de las redes comunitarias ya existentes, como Aj Awinel o Sumak Pacha.

El reto no es únicamente técnico, sino político y cultural: lograr que el escalamiento sea legítimo, adaptado y conducido por los propios actores territoriales, y que evite procesos de homogeneización que desplacen el conocimiento local.

**Esta recomendación enfatiza la importancia** de construir redes comunitarias y territoriales que permitan escalar prácticas agroecológicas sin comprometer su identidad territorial. Además, se alinea con la gobernanza inclusiva para garantizar que los procesos sean legítimos y adaptados a las realidades locales.

### Integración entre saberes ancestrales y ciencia aplicada (principios de co-creación de conocimiento y valores sociales y dietas)

Una de las líneas más prometedoras para futuras investigaciones es la construcción de puentes sólidos entre la ciencia agroecológica moderna y los sistemas de conocimiento **ancestrales. Proyectos como Fortaleciendo Sistemas Alimentarios, Territorio, Comida y Vida y Agricultura para la Vida han demostrado** que es posible articular cosmovisiones andinas —como el sumak kawsay o la Pachamama— con herramientas de monitoreo funcional de suelos, indicadores de biodiversidad o tecnologías digitales. No obstante, este tipo de integración sigue siendo escasa y poco documentada en profundidad. Se plantea como una oportunidad estratégica el desarrollo de métodos de co-creación epistémica que generen indicadores híbridos, sensibles tanto a valores culturales y espirituales como a criterios técnicos. Esta línea de trabajo permitiría avanzar hacia una agroecología más integral, con legitimidad intercultural y mayor potencial de apropiación territorial.

Esta recomendación fomenta la integración de cosmovisiones ancestrales con herramientas científicas modernas, y promueve la legitimidad intercultural y la apropiación territorial. La co-creación epistémica, por tanto, es clave para generar indicadores híbridos que respeten valores culturales y técnicos.

### Participación transformadora de mujeres y juventudes (equidad social y valores sociales y dietas)

Las mujeres y los jóvenes han emergido como actores centrales en muchos de los proyectos analizados, liderando procesos productivos, espacios educativos, ferias,



bioferias y plataformas organizativas. Sin embargo, su participación transformadora aún enfrenta barreras estructurales persistentes, como el acceso a la tierra.

Es necesario investigar con mayor profundidad cómo su involucramiento modifica dinámicas de poder en la toma de decisiones, en la economía del cuidado, y en la gobernanza de la tierra y los recursos de la tierra. También se requiere explorar mecanismos institucionales que reconozcan y valoren el trabajo no remunerado de mujeres —como en las ollas comunes o huertos urbanos— y ofrezcan alternativas de financiamiento justo para juventudes rurales frente al riesgo de endeudamiento informal. La documentación de trayectorias de liderazgo emergente y estrategias de inclusión generacional contribuiría a fortalecer una agroecología con justicia social.

Esta recomendación aborda la necesidad de superar barreras estructurales para mujeres y jóvenes, se enfoca en la justicia social y la inclusión, y también promueve su participación en la gobernanza y en la economía del cuidado.

### Vínculos entre salud pública y agroecología (equidad, valores sociales y dietas)

En el ámbito de la salud, apoyar las investigaciones que vinculen agroecología, salud pública y género surge como una oportunidad. Explorar iniciativas que conecten sistemas agroalimentarios sostenibles con resultados concretos en salud —como la reducción de enfermedades crónicas o la mejora nutricional— permitiría articular la agroecología con políticas de salud, lo que también fortalecería su legitimidad.

### Planificación alimentaria urbana y vecindarios resilientes (conectividad, equidad y valores sociales y dietas)

El enfoque de vecindario alimentario desarrollado por Vecindarios Alimentarios Saludables representa un marco innovador que articula salud pública, resiliencia climática y equidad territorial, pero aún poco explorado en el ámbito urbano latinoamericano. Las ciudades presentan un espacio fértil para investigar cómo la planificación de infraestructura alimentaria —como huertos urbanos, centros de compostaje, mercados de proximidad o redes de recuperación de alimentos— puede contribuir a múltiples beneficios sociales y ambientales.

Es clave analizar cómo estas intervenciones afectan distintos barrios o sectores urbanos, y cómo pueden integrarse en instrumentos de planificación y presupuestos municipales. También se plantea la necesidad de profundizar en la relación entre planificación alimentaria urbana, agendas climáticas locales y economías de cuidado, así como reconocer el papel central de mujeres organizadas en estos espacios.



Esta recomendación promueve la planificación de infraestructura alimentaria en contextos urbanos, e integra agendas climáticas y economías **de cuidado con un enfoque en la equidad territorial**.

### Gobernanza alimentaria territorial e intersectorialidad (gobernanza de la tierra y los recursos naturales, y participación)

**Aunque plataformas como PAQ, CONSIAL,** las Escuelas Campesinas y los Comités de Concertación Territorial han mostrado avances en la articulación de actores y la promoción de agendas comunitarias, aún falta comprender en profundidad cómo consolidar e institucionalizar estos espacios sin que pierdan su carácter participativo. La experiencia de Redes para la Transformación Agroalimentaria en México, que vincula procesos de ordenamiento territorial con principios agroecológicos, abre una línea para investigar cómo estos mecanismos pueden influir en políticas públicas locales y nacionales, y cómo articularse de manera efectiva con sectores como salud, educación, agricultura y medio ambiente. Esta línea de investigación permitiría consolidar modelos de gobernanza alimentaria territorial con enfoque de derechos e interculturalidad.

Esta recomendación subraya la importancia de consolidar modelos de gobernanza participativa e inclusiva que articulen actores y sectores para influir en políticas públicas locales y nacionales.

### Educación agroecológica e inclusión curricular (co-creación de conocimiento, equidad y valores sociales y dietas)

El trabajo de Territorio, Comida y Vida y otras organizaciones educativas ha resaltado la necesidad de transformar

los modelos de aprendizaje para que respondan a las realidades territoriales y fortalezcan capacidades locales. La investigación futura podría centrarse en cómo integrar contenidos de agroecología, sostenibilidad, soberanía alimentaria e interculturalidad en los sistemas educativos formales y no formales, mediante el co-diseño de programas con comunidades indígenas y campesinas. Asimismo, se ha identificado una oportunidad para documentar estrategias de formación intergeneracional y el desarrollo de currículos para la educación primaria y secundaria basados en el diálogo de saberes, capaces de inspirar una nueva generación de profesionales con arraigo territorial y sensibilidad socioambiental.

Esta recomendación fomenta la integración de contenidos agroecológicos en sistemas educativos formales y no formales, y promueve el diálogo de saberes y la formación intergeneracional.

### Monitoreo y evaluación participativa desde el territorio (co-creación de conocimiento y participación)

Uno de los hallazgos reiterados es que los sistemas convencionales de monitoreo y evaluación no capturan adecuadamente la complejidad de los procesos agroecológicos ni los valores culturales de los territorios. Proyectos como Territorio, Comida y Vida, Alimentación Regenerativa y Agricultura para la Vida han impulsado enfoques que integran herramientas accesibles, indicadores emocionales y simbólicos, y métodos participativos.

Se propone investigar cómo diseñar y validar herramientas de evaluación que, además de ser comprensibles para las comunidades, funcionen como instrumentos reales de toma de decisión y

comunicación con políticas públicas. Estas herramientas podrían contribuir a una mejor rendición de cuentas, apropiación comunitaria y seguimiento de procesos de transformación a largo plazo.

Esta recomendación promueve el diseño de herramientas de evaluación participativa que sean comprensibles para las comunidades y útiles para la toma de decisiones y la incidencia en políticas públicas.

### **Financiamiento justo y sistemas económicos solidarios (equidad, valores sociales y dietas, y conectividad)**

Otra línea clave de investigación es la exploración de modelos alternativos de financiamiento agroecológico que respondan a la realidad de los productores familiares y jóvenes rurales. Aunque esta temática aparece de forma más implícita, muchos proyectos alertan sobre la dependencia de préstamos informales y la inseguridad financiera que enfrentan las comunidades. Se plantea investigar experiencias como fondos rotatorios, bancos comunales, ahorro-crédito solidario y otras modalidades de economía popular y solidaria, y analizar su impacto en la autonomía económica, la equidad y la sostenibilidad.

Esta línea debería ir acompañada del estudio de políticas de incentivos municipales y nacionales, como las que promueve Redes para la Transformación Agroalimentaria, para generar un entorno favorable al desarrollo agroecológico con justicia financiera.

Esta recomendación explora modelos de financiamiento alternativos que promuevan la autonomía económica y la sostenibilidad, y que fortalezcan las economías locales y la justicia financiera.

### **Implementación de políticas públicas locales (gobernanza de la tierra y los recursos naturales)**

Una línea clave es el financiamiento del acompañamiento para la implementación de políticas públicas locales. Más allá de la investigación diagnóstica, se sugiere apoyar procesos de incidencia política concretos que permitan diseñar, aprobar y ejecutar ordenanzas y políticas inclusivas. Esto contribuiría a institucionalizar cambios sostenibles en los sistemas alimentarios, y asegurar así el respaldo normativo y presupuestario para su continuidad en el tiempo.

Esta recomendación enfatiza la necesidad de apoyar procesos de incidencia política para diseñar y ejecutar políticas inclusivas que institucionalicen cambios sostenibles en los sistemas alimentarios.

### **Circuitos cortos de comercialización y empresas comunitarias (conectividad, equidad, y valores sociales y dietas)**

Finalmente, los futuros proyectos podrían enfocarse en el apoyo a circuitos cortos de comercialización y empresas comunitarias, como biotiendas, empresas comunales de semillas o redes de venta directa. Estas iniciativas pueden fortalecer la soberanía alimentaria, dinamizan las economías locales y construyen relaciones de confianza entre productores y consumidores.

Esta recomendación fomenta la creación de redes de comercialización directa y empresas comunitarias que fortalezcan la soberanía alimentaria y las economías locales.

Abordar estas temáticas permitirá avanzar hacia sistemas agroalimentarios más resilientes, inclusivos y sostenibles en América Latina. Desde la consolidación

de redes comunitarias y la educación agroecológica hasta el financiamiento justo y la implementación de políticas públicas locales, estas líneas de trabajo ofrecen un marco integral para transformar los sistemas alimentarios. Al priorizar enfoques participativos, interculturales y basados en la justicia social, estas recomendaciones sientan las bases para una agroecología que promueva cambios sistémicos duraderos y políticamente relevantes, y que respeten la diversidad cultural y territorial de la región.

## 5.2. Recomendaciones para diseñar e implementar futuras iniciativas

El diseño e implementación de futuras iniciativas en América Latina requiere enfoques que integren principios fundamentales de agroecología, como la participación, la equidad social, la gobernanza inclusiva y la conectividad. Las recomendaciones presentadas en esta sección destacan estrategias clave para garantizar que los proyectos sean sostenibles, legítimos y adaptados a las realidades locales. Estas propuestas abarcan desde el fortalecimiento de capacidades locales y la construcción de confianza hasta la creación de redes y plataformas permanentes, que promueven la corresponsabilidad y la incidencia política como pilares de transformación sistémica.

### Acompañamiento técnico sostenido y sensible al territorio (participación y co-creación de conocimiento)

Se destacó que los procesos políticos de transformación de sistemas en los territorios requieren acompañamiento técnico constante, el conocimiento de los territorios y la construcción de relaciones de confianza. También se insistió en la importancia de la retroalimentación participativa y las evaluaciones conjuntas,



para ajustar estrategias en función de los aprendizajes acumulados y los cambios en las condiciones locales.

Esta recomendación enfatiza la importancia de que proyectos futuros continúen asegurando la participación activa de los actores locales y la **co-creación de conocimiento para garantizar** que las estrategias sean adaptadas a las realidades locales y se ajusten a los cambios contextuales.

### Fortalecimiento de capacidades locales para el liderazgo comunitario (equidad, y valores sociales y dietas)

Un tema recurrente en los proyectos fue la importancia de invertir en el desarrollo de capacidades locales como condición esencial para la sostenibilidad. Se habló de la necesidad de formar en aspectos técnicos (agroecología, comercialización), pero también en gestión de proyectos, manejo financiero, incidencia política y articulación y gestión de redes. Los proyectos enfatizaron la prioridad de trabajar con mujeres y jóvenes, quienes enfrentan barreras estructurales más fuertes para participar plenamente.



Esta recomendación aborda la necesidad de seguir promoviendo el fortalecimiento de la agencia de mujeres, jóvenes y comunidades marginadas mediante la formación en habilidades técnicas, gestión y liderazgo para promover la inclusión social y la equidad.

#### Tiempos adecuados para la construcción de confianza (participación)

Otro aprendizaje clave fue reconocer la necesidad de planificar tiempos suficientes para generar confianza y conocimiento mutuo antes de avanzar a fases técnicas o de recolección de datos. Los participantes explicaron que muchas tensiones y resistencias surgen cuando se quiere imponer ritmos externos que no respetan los tiempos comunitarios. La construcción de confianza y el respeto por los tiempos comunitarios son esenciales para fomentar la participación genuina y la gobernanza descentralizada.

#### Construcción de legitimidad y mecanismos de gobernanza compartida (gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

Los proyectos subrayaron la importancia de construir legitimidad y respaldo formal, tanto con las comunidades como con las instituciones. Se propuso generar compromisos claros mediante convenios, mesas de trabajo o planes conjuntos que aseguren la continuidad incluso en contextos de cambios políticos o crisis.

Este principio destaca la importancia de estructuras de gobernanza inclusivas y transparentes que fortalezcan la legitimidad y el respaldo formal en las comunidades e instituciones.

#### Reconocimiento y acompañamiento de liderazgos locales (participación, equidad, y valores sociales y dietas)

Asimismo, se resaltó la necesidad de reconocer a los actores que fortalecen los intereses comunitarios y de acompañar sus liderazgos sin imponer lógicas externas. La construcción de relaciones basadas en el respeto, la confianza y la corresponsabilidad se consideró clave para generar alianzas efectivas y sostenibles en el tiempo.

Reconocer y apoyar a los líderes comunitarios es clave para construir alianzas equitativas, fomentar la corresponsabilidad y garantizar la sostenibilidad de las colaboraciones. Este enfoque se alinea con los principios de participación y equidad, y asegura que las alianzas respondan de manera justa a las necesidades y voces de los actores locales.

#### Consolidación y apoyo sostenido a redes y alianzas interinstitucionales (conectividad)

Los proyectos destacaron la necesidad de articular esfuerzos entre comunidades, organizaciones de la sociedad civil, gobiernos locales y nacionales, y universidades. Se necesitan redes de aprendizaje e intercambio que permitan compartir recursos, métodos y experiencias. Además, se subrayó el valor de las redes para mantener la cohesión social, superar divisiones internas y reforzar la legitimidad colectiva de las iniciativas.

Esta recomendación promueve la creación de redes y coaliciones que conecten a diversos actores para compartir recursos, métodos y experiencias para fortalecer la cohesión social.

### Fortalecer coaliciones y plataformas permanentes (participación y gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

Se subrayó la necesidad de fortalecer coaliciones permanentes, dado que pueden ofrecer un espacio estructurado para la deliberación política, el aprendizaje colectivo y la articulación de estrategias comunes de incidencia. La construcción de estas plataformas debe basarse en la experiencia práctica de cada territorio y en acuerdos políticos contruoidos de manera participativa.

Las coaliciones permanentes ofrecen espacios para la deliberación política y la articulación de estrategias comunes, y se alinean con los principios de participación y gobernanza inclusiva.

### Construcción de una visión y narrativa compartida (equidad, y valores sociales y dietas)

Para fortalecer la articulación entre actores diversos, se señaló la importancia de identificar intereses comunes y construir una narrativa que pueda movilizar diferentes sectores. Conceptos como resiliencia climática, soberanía alimentaria o protección ambiental se reconocen como puntos de convergencia. Esta narrativa común debe servir para alinear objetivos y facilitar la generación de propuestas concretas.

Esta recomendación fomenta la construcción de narrativas comunes que movilicen a diferentes sectores en torno a conceptos como la resiliencia climática y la soberanía alimentaria.



### Espacios de diálogo crítico (co-creación de conocimiento)

La generación de espacios de diálogo reflexivo se destacó como una estrategia clave. Es importante facilitar información que problematice y motive la reflexión colectiva para ayudar a los actores a analizar críticamente sus realidades y definir agendas de cambio. Esto incluye reconocer las diferencias de visión sobre la **incidencia, ya que en algunos contextos hay desconfianza o rechazo al Estado, y optar por** incidir puede ser una decisión política que requiere confianza y acuerdos explícitos. Facilitar espacios de reflexión colectiva y crítica permite analizar realidades y definir agendas de cambio, lo que promueve la co-creación de conocimiento.

### Incidencia política y articulación con políticas públicas (gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

Un aspecto fundamental para garantizar la sostenibilidad fue la necesidad de incidir en políticas públicas locales, regionales y nacionales. Varias personas señalaron que muchas iniciativas exitosas quedan limitadas en su alcance o terminan

desapareciendo cuando dependen exclusivamente de financiamiento externo. Por ello, se enfatizó en la importancia de incluir desde el inicio estrategias de incidencia que permitan articular las demandas y prioridades locales con las agendas institucionales.

Esta recomendación destaca la necesidad de articular demandas locales con agendas institucionales para garantizar la sostenibilidad de las iniciativas.

### Enfoque inclusivo con perspectiva de género e interculturalidad (equidad, y valores sociales y dietas)

En cuanto a equidad de género e inclusión social, es clave que los proyectos identifiquen y trabajen desde el inicio las barreras estructurales que enfrentan mujeres, jóvenes, pueblos indígenas y afrodescendientes. Diseñar servicios de cuidado infantil, ajustar horarios y espacios de reunión, y garantizar presupuestos específicos para estas dimensiones no debe verse como un agregado, sino como un componente esencial de cualquier estrategia de transformación sistémica.

Esta recomendación aborda la necesidad de identificar y superar barreras estructurales para mujeres, jóvenes y comunidades indígenas, y promueve la equidad y la inclusión.

Las recomendaciones para el diseño e implementación de iniciativas en América Latina subrayan la importancia de procesos inclusivos, adaptativos y participativos. La construcción de confianza, el fortalecimiento de liderazgos locales, la consolidación de redes y la incidencia en políticas públicas son elementos esenciales para garantizar la sostenibilidad y legitimidad de las intervenciones. Al





integrar principios como la equidad, la co-creación de conocimiento y la gobernanza inclusiva, estas estrategias no solo responden a las necesidades locales, sino que también sientan las bases para transformaciones sistémicas duraderas y políticamente relevantes.

### 5.3. Recomendaciones para el IDRC

Las recomendaciones para el IDRC se **orientan a dar continuidad y mayor solidez** a las prácticas que ya vienen aplicándose en los proyectos de transformación de sistemas agroalimentarios en América Latina. Se trata de seguir reforzando aspectos clave —como la flexibilidad presupuestaria, la equidad en la participación comunitaria, el análisis político-territorial y la consolidación de redes regionales de aprendizaje—, todos ellos coherentes con los principios de la agroecología: participación, equidad social, gobernanza de los recursos naturales y conectividad. Estas acciones ya forman parte de la trayectoria de los proyectos apoyados por el IDRC, y el énfasis está en fortalecerlas para garantizar que las intervenciones sean cada vez más inclusivas, adaptativas y efectivas en su incidencia política.



#### Flexibilidad presupuestaria y mayor duración de los proyectos (participación, y gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

En términos presupuestarios y de sostenibilidad, se recomienda mantener y reforzar esquemas financieros flexibles, adaptativos y de largo plazo. Los equipos implementadores deben garantizar recursos para el diálogo, la co-creación y el fortalecimiento organizativo, y deben respetar los tiempos comunitarios.

#### Considerar en los financiamientos la compensación justa por la participación comunitaria (equidad, y valores sociales y dietas)

Se recomienda continuar asegurando viáticos, alimentación y compensación por tiempo invertido. Asimismo, se debe abordar este tema de manera explícita en el marco de género, equidad e interseccionalidad, como un compromiso de inclusión.

#### Incluir análisis político-territoriales dentro de los procesos de diseños (gobernanza de la tierra y los recursos naturales)

Es importante consolidar este enfoque como componente central para entender dinámicas de poder, riesgos y actores locales. Este enfoque debe ser usado para fortalecer la legitimidad de las intervenciones y conectar transformaciones comunitarias con cambios en políticas públicas.



## 6. Conclusiones

El análisis de los proyectos implementados entre 2021 y 2025 en América Latina evidencia avances significativos en la integración de los principios agroecológicos, así como desafíos persistentes que requieren atención para consolidar sistemas alimentarios sostenibles, inclusivos y resilientes. Uno de los logros más destacados fue la co-creación de conocimiento, que permitió integrar saberes técnicos y locales mediante metodologías participativas como talleres, mapas sensibles y procesos de experimentación conjunta. Estas estrategias no solo fortalecieron la legitimidad de las intervenciones, sino que también consolidaron a las comunidades como actores clave en la transformación agroecológica. Sin embargo, la participación activa de mujeres, jóvenes y comunidades indígenas, aunque esencial, enfrentó barreras estructurales como el acceso desigual a recursos y la falta de mecanismos específicos para garantizar la equidad.

En términos de gobernanza territorial, los modelos implementados, como plataformas multiactorales y comités consultivos, demostraron ser efectivos para articular actores diversos y promover la sostenibilidad de las iniciativas. Estas estructuras facilitaron la toma de

decisiones colectivas y la planificación territorial, pero también enfrentaron desafíos como la captura de espacios participativos por élites locales y la falta de sostenibilidad financiera. Por otro lado, la resiliencia comunitaria fue fortalecida mediante redes de cuidado, sistemas agroforestales y prácticas regenerativas, que permitieron a las comunidades enfrentar crisis climáticas y sociopolíticas, lo que destaca la importancia de enfoques integrales que combinen dimensiones ecológicas, sociales y económicas.

La equidad y la diversidad cultural emergieron como pilares fundamentales en los proyectos, con esfuerzos específicos para incluir a mujeres y jóvenes en roles de liderazgo y para promover la diversidad cultural mediante el uso de lenguas locales y la integración de prácticas tradicionales. Sin embargo, persisten desafíos relacionados con la representación equitativa en estructuras de gobernanza y el acceso a la tierra por parte de mujeres y jóvenes, lo que subraya la necesidad de estrategias de incidencia en políticas y procesos de titulación. En paralelo, los avances en sistemas alimentarios sostenibles fueron notables, con la promoción de prácticas como la agroforestería, el compostaje y la diversificación de cultivos, que mejoraron



la salud del suelo, la biodiversidad y la seguridad alimentaria. No obstante, principios como el reciclaje y la salud animal mostraron una integración limitada.

En cuanto a la evaluación y el monitoreo participativo, estas herramientas permitieron capturar la complejidad de los procesos agroecológicos, integrando indicadores emocionales y simbólicos que fortalecieron la agencia comunitaria y la toma de decisiones informadas. Este enfoque situado demostró ser clave para adaptar las estrategias a las realidades locales y para garantizar la sostenibilidad de las intervenciones.

### Recomendaciones estratégicas

Para consolidar los avances y superar las barreras identificadas, es fundamental implementar una serie de recomendaciones estratégicas que orienten futuras iniciativas. En primer lugar, se deben garantizar tiempos adecuados para construir confianza con las comunidades, priorizando fases iniciales de conocimiento mutuo y acuerdos compartidos antes de avanzar a etapas técnicas. Esto permitirá fortalecer la legitimidad de los procesos y asegurar la apropiación local de los resultados.

Asimismo, es crucial fortalecer las capacidades locales mediante la asignación de recursos específicos para formación técnica, acceso a tecnologías apropiadas y promoción de liderazgos comunitarios, especialmente de mujeres y jóvenes. La inclusión de estos grupos debe ser prioritaria, y eliminar barreras logísticas y culturales mediante estrategias como el cuidado infantil, la flexibilidad en horarios y la provisión de viáticos y compensaciones justas.

Otra recomendación clave es la consolidación de redes regionales de aprendizaje que permitan el intercambio de experiencias y la construcción de sinergias entre proyectos y territorios. Estas redes deben ser sostenidas por plataformas multiactorales que integren a comunidades, instituciones académicas, organizaciones de la sociedad civil y gobiernos locales, para promover la colaboración intersectorial.

Además, se subraya la necesidad de integrar análisis político-territoriales en las etapas iniciales de los proyectos, y permitir adaptar las estrategias a las dinámicas locales y garantizar la incidencia en políticas públicas. Esto incluye la promoción de marcos normativos que reconozcan y apoyen la agroecología, así como la institucionalización de prácticas sostenibles en los planes de ordenamiento territorial.

Finalmente, es esencial priorizar la sostenibilidad financiera de las iniciativas desarrolladas a escala local mediante la diversificación de fuentes de financiamiento, la promoción de economías solidarias y la creación de incentivos para la adopción de prácticas agroecológicas. Esto garantizará que los logros alcanzados puedan mantenerse a largo plazo, y que fortalezcan la resiliencia de las comunidades y la sostenibilidad de los sistemas agroalimentarios.

En conjunto, estas conclusiones y recomendaciones reflejan que la agroecología no es solo un enfoque técnico, sino un proceso político, social y cultural que demanda tiempo, recursos y compromiso sostenido. La transformación de los sistemas alimentarios requiere la participación activa de las comunidades, la articulación

de actores diversos y la integración de principios agroecológicos en todas las dimensiones del desarrollo territorial. Solo así será posible construir un futuro más justo, resiliente y sostenible para las comunidades rurales y urbanas de América Latina.

### **Anexo 1: Breve descripción de los proyectos abordados**

Los proyectos implementados por diversas organizaciones en América Latina compartieron el propósito de fortalecer sistemas alimentarios sostenibles, inclusivos y resilientes, en contextos rurales, urbanos e indígenas con enfoques adaptados y participativos. A través de metodologías de co-creación, innovación agroecológica, herramientas digitales apropiadas, procesos educativos situados y alianzas institucionales, cada iniciativa contribuyó a abordar desafíos locales vinculados a la producción, la gobernanza, la equidad de género, el acceso a alimentos saludables y la resiliencia climática. A continuación, se detallan los resultados alcanzados por cada organización, en los cuales se destaca la riqueza de estrategias, aprendizajes y transformaciones logrados en los distintos territorios donde se llevaron a cabo estas experiencias.

#### **Transformando los sistemas alimentarios para mejorar medios de vida y la sostenibilidad ambiental en dos territorios indígenas de Colombia**

El proyecto "Transformando los sistemas alimentarios para mejorar medios de vida y la sostenibilidad ambiental en dos territorios indígenas de Colombia" (Territorio, Comida y Vida) fue liderado por la Universidad Nacional de Colombia y desarrollado en coordinación con la Universidad del Cauca, las comunidades

indígenas misak y ampiuile, así como comunidades indígenas pastos y campesinas de Nariño.

Se ejecutó entre enero de 2020 y diciembre de 2025. Su modelo de gobernanza fue híbrido: combinó una coordinación central universitaria con un liderazgo local ejercido por investigadores indígenas con un grupo de personas interesadas. En los territorios de Nariño y Cauca, los líderes del proyecto eran profesionales indígenas con experiencia comunitaria y dominio de lenguas indígenas. Las reuniones quincenales y mensuales garantizaron coherencia metodológica sin perder la diversidad territorial

El proyecto se enfocó en construir rutas de transición hacia sistemas alimentarios sostenibles mediante un método de co-creación participativa.

Desde el inicio, integró conocimientos científicos, institucionales y tradicionales, y fomentó un diálogo intercultural entre saberes indígenas y académicos. Este enfoque enriqueció la comprensión de los sistemas alimentarios y territoriales en Nariño y Cauca, lo que sentó las bases para estrategias localmente apropiadas y sustentables.

Un resultado clave fue la caracterización de estos sistemas, gracias a lo cual se identificaron puntos críticos relacionados con productividad, equidad, autonomía, diversidad y resiliencia. Para acompañar estos procesos, se diseñaron indicadores de sostenibilidad co-creados con las comunidades, que innovaron al incluir escalas emocionales para facilitar evaluaciones participativas y reforzar la apropiación comunitaria.

El diseño e implementación de las “rutas de transición” ofreció respuestas adaptadas a cada territorio. En Nariño se crearon la Escuela de Fundamentación hacia la Sustentabilidad, iniciativas comunitarias definidas localmente y cursos de formación en gestión de proyectos con enfoque territorial. En Cauca se priorizó la revitalización de la cultura alimentaria y el fortalecimiento de los sistemas de semillas y la economía local. Estas rutas se validaron con la comunidad, y consolidaron procesos de planificación inclusiva.

Se desarrollaron herramientas de evaluación locales y accesibles, probadas en talleres comunitarios para asegurar su relevancia cultural y utilidad práctica. Las iniciativas implementadas reflejaron decisiones colectivas que respetaron aspiraciones locales y consolidaron ejes transversales como soberanía alimentaria, agroecología y equidad de género.

Los resultados del proyecto no se limitaron a datos cuantitativos, sino que incorporaron métricas cualitativas que recogieron percepciones, vivencias y saberes locales, lo que evidenció cómo la gente siente y percibe los cambios. También se fortalecieron la organización comunitaria, la articulación entre actores y la confianza entre comunidades y academia.

Se destacó el desarrollo de modelos co-creados para analizar la sostenibilidad de **los sistemas agroalimentarios en contextos** interculturales y la aplicación de un diálogo intercientífico que articuló saber académico y conocimiento ancestral. Además, se avanzó en la gobernanza territorial y el empoderamiento local, con espacios de alimentación saludable, comités de co-creación y proyectos

educativos para niños y jóvenes para consolidar el cuidado como una categoría ética y política central.

### Innovación agroecológica y gobernanza inclusiva de los sistemas agroalimentarios

El proyecto “**Innovación agroecológica y gobernanza inclusiva de los sistemas agroalimentarios**” (Redes para la Transformación Agroalimentaria) se llevó a cabo entre 2022 y 2025, bajo la coordinación de Rimisp y con la implementación de organizaciones socias de CESDER en México, SANK en Guatemala y PROSUCO en Bolivia. Su trabajo se centró en territorios rurales indígenas para promover prácticas agroecológicas, fortalecer capacidades locales y fomentar la participación activa de mujeres y jóvenes.

El modelo de gobernanza se articuló a través de una comunidad de práctica, con espacios de diálogo comunitario y comités territoriales multiactorales que facilitaron la co-creación de soluciones y la adopción de innovaciones tecnológicas, sociales e institucionales. Además, se estableció una red internacional que combinó la coordinación central con autonomía territorial, lo que permitió a cada equipo local adaptar su teoría de cambio mediante talleres conjuntos. Este diseño garantizó la pertinencia local y fomentó la confianza y la apropiación comunitaria, además de dar prioridad a la participación de actores locales en la toma de decisiones para construir sistemas agroalimentarios más equitativos, resilientes y saludables.

El proyecto se propuso impulsar transformaciones agroalimentarias inclusivas y fortalecer la gobernanza participativa en territorios rurales e indígenas. Para ello, se consolidaron



#### espacios de diálogo y decisión comunitaria,

además de espacios multiactorales en cada territorio con el fin de integrar actores locales, redes indígenas y entidades gubernamentales. Esta arquitectura participativa reforzó la capacidad de las comunidades para planificar e implementar sus propias agendas.

Se promovió también la innovación agroecológica a través de laboratorios donde productores experimentaron con la diversificación de cultivos, la producción de insumos orgánicos y el uso de herramientas para el monitoreo climático, como el Pachagrama (herramienta análoga) y PachaSol (aplicación digital). Asimismo, se fomentaron huertos comunitarios y sistemas locales de semillas, con el objetivo de consolidar la soberanía alimentaria y promover dietas más saludables.

#### El empoderamiento de mujeres y jóvenes fue uno de los resultados más destacados.

Las mujeres fortalecieron su autonomía económica y el reconocimiento de sus saberes mediante su participación en el proyecto y toma de roles de liderazgo local. Para los jóvenes, se implementaron métodos innovadores como photovoice, talleres participativos y formación técnica en agroecología, que fortalecieron sus capacidades y confianza, aunque enfrentando desafíos como la limitada tenencia de tierra y la baja conectividad.

El uso de herramientas digitales mostró resultados variados: en Bolivia se observó un mayor interés entre los jóvenes por aplicaciones agrícolas y climáticas, mientras que en Guatemala persistió la preferencia por el conocimiento tradicional, lo que evidenció la necesidad de mejorar la conectividad y la alfabetización digital para ampliar su uso efectivo.

En términos de incidencia, el proyecto acompañó agendas territoriales mediante procesos de ordenamiento ecológico del territorio en México, incentivos a la agricultura diversificada municipales en Guatemala y el fortalecimiento de plataformas multiactorales en Bolivia, que incluso contribuyeron a la construcción de una agenda indígena regional para la transformación de los sistemas alimentarios. Finalmente, se consolidó la generación de evidencia con métodos como paneles de historia de vida, encuestas de sistemas alimentario local y photovoice juvenil, para asegurar la transparencia mediante protocolos de datos abiertos y el cumplimiento de estándares éticos.

#### Vecindarios alimentarios saludables: Construyendo sistemas agroalimentarios sostenibles y resilientes en Lima y Quito

El proyecto **"Vecindarios alimentarios saludables: Construyendo sistemas agroalimentarios sostenibles y resilientes en Lima y Quito"** se desarrolló entre el 1 de febrero de 2021 y el 31 de octubre de 2023. Su modelo de gobernanza se basó en una comunidad de práctica articulada a través de plataformas multiactorales que integraron productores rurales, agricultores urbanos, consumidores y autoridades locales. Este enfoque promovió la co-creación de soluciones para fortalecer sistemas alimentarios resilientes, priorizando la participación comunitaria en la toma de decisiones y el fortalecimiento de redes solidarias y vecindarios alimentarios como espacios de acción colectiva frente a crisis del sistema alimentario.

El proyecto fue implementado por ECOSAD, Rikolto Internacional y FUNSAD, en colaboración con las municipalidades de Lima y Quito, la Red de Agricultura

Ecológica del Perú (RAE-PERÚ) y AGRUPAR (Quito). Juntos impulsaron huertos urbanos, bioferias y políticas públicas inclusivas, lo que consolidó vínculos entre actores locales y promovió cadenas cortas de comercialización.

Una innovación central fue la introducción del concepto de “vecindarios alimentarios”, definidos como unidades territoriales con acceso caminable a mercados, bioferias y huertos urbanos. Este enfoque buscó conectar barrios urbanos con paisajes productivos rurales y fomentar nexos alimentarios sostenibles y saludables mediante cadenas cortas.

Durante la pandemia, el proyecto analizó la respuesta institucional al acceso de alimentos y encontró que las medidas estatales, como la entrega de kits, bonos y canastas, fueron percibidas como ineficientes e individualistas. En contraste, las respuestas comunitarias —ollas comunes, huertos urbanos y bioferias— demostraron mayor flexibilidad y resiliencia, aunque estuvieron limitadas por su escala reducida y el escaso apoyo público estructural.

El proyecto también realizó mapeos detallados de entornos alimentarios en barrios de Lima y Quito. Estos revelaron que mercados y supermercados dominan la oferta de alimentos, pero ofrecen productos con altos niveles de residuos de pesticidas y pocas opciones agroecológicas. Asimismo, se identificó que los consumidores asocian fresco con salud, aunque existe un desconocimiento generalizado sobre los riesgos de los agroquímicos, confirmado mediante encuestas y análisis de laboratorio que detectaron residuos incluso en puntos de venta supuestamente orgánicos.

En materia de género, el proyecto destacó que las mujeres —especialmente migrantes, agricultoras urbanas y lideresas de ollas comunes— enfrentaron de forma desproporcionada la inseguridad alimentaria y la sobrecarga del trabajo de cuidado durante la pandemia. Estos espacios comunitarios se consolidaron como núcleos de resiliencia e innovación liderados por mujeres.

Finalmente, el proyecto impulsó el desarrollo de ordenanzas municipales en Lima y Quito para fomentar la agricultura urbana, las bioferias y la recuperación alimentaria, y fortaleció plataformas multiactorales como PAQ en Quito y CONSIAL en Lima, aunque muchas de estas iniciativas se vieron relegadas durante la respuesta a la crisis sanitaria.



## Sistemas alimentarios sostenibles y resilientes en Ecuador: Fortaleciendo capacidades locales y promoviendo políticas públicas

El proyecto "Sistemas alimentarios sostenibles y resilientes en Ecuador: Fortaleciendo capacidades locales y promoviendo políticas públicas" fue liderado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en coordinación con la Universidad Politécnica Salesiana y diversas organizaciones locales y comunitarias. Se implementó entre enero de 2020 y diciembre de 2024.

Su modelo de gobernanza se basó en una red participativa que integró actores clave como redes agroecológicas, instituciones académicas, organizaciones comunitarias y entidades gubernamentales.

Este enfoque facilitó la co-creación de estrategias para sistemas alimentarios sostenibles, y promovió el intercambio de conocimientos y el fortalecimiento de capacidades locales.

A través de alianzas con instituciones como la Universidad Politécnica Salesiana y el Ministerio de Agricultura, se organizaron talleres y se impulsaron políticas públicas inclusivas. Por su parte, organizaciones como CUUM y Slow Food Ecuador fomentaron prácticas agroecológicas y el consumo responsable. Este modelo garantizó una gobernanza multisectorial orientada a la sostenibilidad y la resiliencia alimentaria.

El proyecto también permitió visibilizar limitaciones y desafíos estructurales para integrar de manera efectiva las RAA en los sistemas de salud y las políticas públicas. Uno de sus principales hallazgos fue

la falta de estudios longitudinales que vinculen estas redes con resultados clínicos concretos, como la reducción de diabetes o hipertensión, lo que ha subrayado la necesidad de monitorear de forma sostenida indicadores biométricos, conductuales y psicosociales.

Asimismo, se advirtió que las estrategias de salud pública suelen centrarse en cambios de comportamiento individual, y dejan de lado determinantes estructurales como el acceso desigual a la tierra, los ingresos insuficientes, los entornos alimentarios poco saludables y las prácticas agresivas de marketing. También se destacó la subvaloración del trabajo de cuidado no remunerado de las mujeres y su papel central en las AFNs, así como la falta de evaluación y apoyo sistemático a las innovaciones juveniles, especialmente en herramientas digitales y comunicación.





Finalmente, el proyecto identificó brechas importantes en la integración de políticas: los enfoques de soberanía alimentaria suelen considerarse “alternativos” y periféricos en los marcos nacionales de alimentación, salud y economía. Esto resalta la necesidad de crear mecanismos institucionales para **una gobernanza alimentaria participativa** y localizada. Además, se subrayó la ausencia de modelos de escalamiento replicables para las AFNs, y se advirtió que muchas iniciativas exitosas carecen de una hoja de ruta estandarizada que les permita crecer sin perder valores esenciales como la equidad, el cuidado y el conocimiento local.

#### Agroecología y la resiliencia de los pequeños agricultores al cambio climático: Evidencia para transformar los sistemas alimentarios en el Corredor Seco de Centroamérica

El proyecto implementado por CGIAR **“Agroecología y la resiliencia de los pequeños agricultores al cambio climático: Evidencia para transformar los sistemas alimentarios en el Corredor Seco de Centroamérica”** se desarrolló entre enero de 2023 y diciembre de 2024. Contó con la participación del Ministerio de Agricultura y Ganadería de Honduras

para los sistemas de maíz y frijol, así como de IHCAFE y COHONDUCAFE para los sistemas de café, junto con asociaciones de agricultores y cooperativas locales.

El equipo de trabajo se organizó en dos subequipos: uno local en Honduras y otro técnico. Aunque las decisiones se tomaban por consenso, enfrentaron desafíos relacionados con barreras idiomáticas y la necesidad de mejorar la coordinación entre ambos grupos. Asimismo, se basó en la creación de alianzas de acción y plataformas multiactorales que integraban agricultores, técnicos y tomadores de decisiones para co-crear soluciones agroecológicas.

**Este enfoque priorizó la evidencia práctica** utilizando sitios de demostración y datos locales para escalar prácticas resilientes y sostenibles frente a los riesgos climáticos.

El proyecto se enfocó en identificar y promover paquetes de prácticas agroecológicas adaptados a cultivos clave como maíz, frijol y café. A través de cinco sitios piloto, se definieron siete paquetes tecnológicos que integraron manejo de suelos y nutrientes, control integrado de plagas, diversificación de cultivos y sistemas agroforestales.





En términos de resiliencia climática, estas prácticas demostraron reducir los riesgos asociados con lluvias variables y sequías, aunque su impacto fue más limitado frente a temperaturas extremas o lluvias intensas, lo que resaltó la necesidad de integrar métodos complementarios como el riego por goteo para abordar el estrés hídrico. Un resultado especialmente relevante fue la evidencia sobre agroforestería en café, que logró reducir temperaturas entre 2 y 5 °C, mitigar la erosión durante lluvias intensas y generar ingresos adicionales mediante cultivos asociados como banano y mango.

El proyecto también analizó los factores que favorecen la adopción de estas prácticas: las prácticas de bajo costo, con respaldo de mercado y beneficios visibles, fueron las más valoradas por los agricultores. Además, los tomadores de decisiones consideraron más confiable la evidencia generada en los sitios de demostración que las publicaciones científicas tradicionales. Finalmente, se identificaron ocho proyectos con tasas de adopción del 45 al 60% y potencial de escalamiento, impulsados mediante alianzas con ministerios de agricultura e institutos cafetaleros nacionales.

#### Agricultura para la vida: Fortaleciendo sistemas agroalimentarios regenerativos en los Andes ecuatorianos.

El proyecto liderado por EkoRural, titulado **"Agricultura para la vida: Fortaleciendo sistemas agroalimentarios regenerativos en los Andes ecuatorianos"**, comenzó en octubre de 2022 y está previsto que finalice en diciembre de 2025. Entre las organizaciones socias implementadoras se encuentran Minga por la Pachamama, la Universidad Técnica del Norte, la

Universidad Técnica de Cotopaxi, la Escuela Superior Politécnica de Chimborazo (ESPOCH) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Alimentación Regenerativa). También participan asociaciones locales como Sumak Pacha y Chagra Sisa, junto con redes internacionales como Slow Food y Groundswell International.

El modelo de gobernanza del proyecto se basa en una comunidad de práctica que reúne a agricultores, técnicos y académicos en procesos de aprendizaje y experimentación liderados por los propios usuarios. Este enfoque fomenta la co-creación de soluciones agroecológicas, el fortalecimiento de redes sociales y la formación de mujeres y jóvenes como actores clave en la regeneración de suelos y ecosistemas para impulsar prácticas sostenibles y resilientes frente al cambio climático.

El proyecto adoptó un enfoque integral en dos regiones del Ecuador: la Sierra Norte y la Sierra Centro. En la Sierra Norte, se implementaron mediciones participativas de salud del suelo en fincas campesinas para evaluar parámetros como materia orgánica, infiltración y retención de carbono. En colaboración con la Universidad Técnica del Norte, se desarrollaron protocolos accesibles para el monitoreo de suelos adaptando metodologías científicas a herramientas **simples y económicas. Además, se generó evidencia local sobre los beneficios de prácticas regenerativas como el compostaje aeróbico, los biofertilizantes y los sistemas agroforestales sucesivos.**

En la Sierra Centro, se realizó un diagnóstico participativo del estado de los suelos agrícolas, combinando saber campesino con mediciones básicas. Mediante alianzas con universidades como la UTC y

la ESPOCH, se fortalecieron capacidades locales, y se capacitó a agricultores, técnicos y jóvenes rurales en la evaluación ecológica de sus territorios. Agricultores líderes llevaron a cabo ensayos campesinos aplicando prácticas regenerativas como abonos verdes, rotaciones diversificadas y cobertura vegetal.

En el componente educativo, el proyecto consolidó redes comunitarias de aprendizaje en la Sierra Norte, ha fomentado el aprendizaje entre pares y ha elaborado materiales educativos adaptados al contexto rural. En la Sierra Centro, las ECAs para Agricultores (FFS, por sus siglas en inglés) ofrecieron formación práctica y fortalecieron habilidades de liderazgo, especialmente entre mujeres y jóvenes.

Por último, el componente comunicacional se fortaleció la red Sumak Pacha en la Sierra Norte como un espacio de intercambio horizontal de experiencias y difusión de innovaciones mediante medios comunitarios y redes sociales. En la Sierra Centro, se impulsó la sistematización participativa de aprendizajes, y se generaron testimonios, fotografías y experiencias campesinas que nutrieron la memoria colectiva y facilitaron la difusión local de prácticas exitosas.

### Transformación de sistemas alimentarios desde la agroecología y la territorialización en América Latina y el Caribe

El proyecto IPA-LAC “Transformación de sistemas alimentarios desde la agroecología y la territorialización en América Latina y el Caribe” comenzó en 2020 y está previsto que finalice en 2025. El Agroecological Fund actúa como coordinador principal: aporta

recursos económicos para implementar actividades agroecológicas y fortalecer redes comunitarias en los países participantes. Por su parte, ECOSUR (El Colegio de la Frontera Sur) desempeña un rol técnico y académico, y apoya la investigación, el diseño de metodologías innovadoras y la territorialización de la agroecología, además de facilitar la formación de líderes comunitarios y la articulación de redes agroecológicas.

Entre las organizaciones socias implementadoras se encuentran FENSUAGRO e IALA María Cano en Colombia, ASOCUCH en Guatemala, el Colectivo Agroecológico del Ecuador, la Fundación Antonio Núñez Jiménez en Cuba y la Asociación ANDES en Perú, junto con diversas redes agroecológicas en México, Nicaragua y otros países de la región.

El modelo de gobernanza se basa en una comunidad de práctica que articula actores locales, organizaciones campesinas y movimientos sociales mediante procesos de IAP. Este enfoque fortalece redes comunitarias y promueve la inclusión activa de mujeres y jóvenes en roles de liderazgo para impulsar la agroecología y la soberanía alimentaria en diferentes territorios.

Entre sus principales resultados destacan la creación de mercados campesinos agroecológicos, el fortalecimiento de SPG y la formación de líderes comunitarios. Asimismo, se han desarrollado metodologías innovadoras para la territorialización de la agroecología, lo que ha fomentado la resiliencia frente a crisis climáticas y económicas mediante prácticas sostenibles y el fortalecimiento de capacidades locales.

En Ecuador, se subrayó la participación activa de jóvenes en procesos de comercialización e investigación, junto con la implementación de un Sistema Participativo de Garantías que fortaleció la confianza entre productores y consumidores. También se impulsó la biotienda Chala como un modelo de comercialización directa y cercana, lo que ha consolidado circuitos cortos.

En Nicaragua, el proyecto Yala Shimuleu logró una fuerte apropiación comunitaria del enfoque agroecológico en cinco regiones del país, con un papel protagónico de mujeres campesinas en la investigación y el fortalecimiento del tejido organizativo. Se desarrollaron herramientas educativas de forma participativa y se promovió la formación de jóvenes líderes agroecológicos para asegurar la sostenibilidad generacional del proceso.

En México, el equipo de GAIA consolidó una red de técnicos comunitarios agroecológicos diseñada para fortalecer la resiliencia de las milpas frente al cambio climático en diversas regiones bioclimáticas. Además, se trabajó en el desarrollo de indicadores participativos para medir la transición agroecológica con un enfoque en resiliencia y adaptabilidad local.

En Perú, el Parque de la Papa avanzó en el diseño de un protocolo biocultural y profundizó la experimentación participativa con papas nativas. También se elaboraron materiales de divulgación y se analizó el marco legal nacional para la conservación de semillas, con el objetivo de establecer una empresa comunal de semillas que garantice la soberanía genética local.

En Cuba, el proyecto en Cabaiwán desarrolló métodos para analizar actores clave y caracterizar el sistema alimentario local, y se identificó la necesidad de certificación orgánica. Además, se conformó un colectivo de investigación en políticas públicas que integró universidades, asociaciones de productores y gobiernos locales, lo que impulsó espacios de diálogo y dejó como resultado un colectivo consolidado para dar continuidad al proceso.

Finalmente, en Colombia, el equipo destacó la creación de una marca campesina construida mediante un proceso participativo que definió valores y principios de comercialización y estableció un Sistema Participativo de Garantías en varias comunidades de Cundinamarca. Esta experiencia se apoyó en procesos previos de trabajo continuo de las organizaciones con las comunidades.

### Fortalecimiento de los sistemas alimentarios de las nacionalidades y pueblos indígenas del Ecuador

El proyecto "Fortalecimiento de los sistemas alimentarios de las nacionalidades y pueblos indígenas del Ecuador" tenía previsto iniciarse en 2022 y finalizar en el 2025. Tiene como objetivo promover sistemas alimentarios sostenibles, saludables y soberanos mediante la valorización de modelos indígenas y la adopción de nuevas alternativas de producción y comercialización.

La Universidad Amawtay Wasi es la implementadora principal y las organizaciones socias son la Unión de Organizaciones de Agricultores Agroecológicos de Tungurahua (PACAT), que ofrece espacios de aprendizaje y formación; la Unión de Organizaciones Campesinas Indígenas de Cotacachi (UNORCAC), que aporta su experiencia en sistemas alimentarios indígenas; y la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), que lidera procesos de acuerdos territoriales y el impulso de políticas de soberanía alimentaria.

El modelo de gobernanza se basa en la participación comunitaria y la investigación-acción, integra estructuras organizativas locales y fomenta la equidad de género y la inclusión en la toma de decisiones para fortalecer la soberanía alimentaria y nutricional a través de procesos de capacitación, transferencia de conocimientos y validación de modelos agroecológicos.





